

**Escritos
sobre el patriotismo,
la guerra y la paz**



Thorstein Veblen

**Escritos
sobre el patriotismo,
la guerra y la paz**

**Traducción
de Sonia Muñoz**

**archivos del Índice
Cali**

Edición original:

Thorstein B. Veblen:

“Introductory: on the state and its relation to war and peace” y “On the nature and uses of patriotism”, en *An Inquiry into the Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation* (1917)

Herbert H. Mead

The Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation. By Thorstein Veblen (1918)

Primera edición, 2011

© de la traducción: Sonia Muñoz, 2011

© fundación editorial archivos del Índice, 2011

Apartado aéreo 25970, Cali

e-mail: archivosdelindice@yahoo.com

<http://www.archivosdelindice.com>

Impresión: Artes Gráficas del Valle

ISBN xxx-xxx-xxx-x

Impreso en Colombia

Presentación

En las primeras líneas de su prefacio a *An Inquiry into the nature of peace and the terms of its perpetuation* dice Thorstein Veblen:

Han transcurrido unos 122 años desde que Kant escribió el ensayo *Zum Ewigen Frieden* [Hacia la paz perpetua]. Muchas cosas han pasado desde entonces, aunque la Paz que aguardaba con dubitativa esperanza no se encuentra entre ellas. Pero han pasado muchas cosas que el gran filósofo crítico, y el no menos crítico espectador de los acontecimientos humanos, habría observado con interés. Para Kant la búsqueda de una paz duradera representaba en sí misma un deber humano intrínseco más que una

actividad promisorio. No obstante, mediante su análisis completo de las premisas y de las condiciones en las que puede realizarse, brota de allí la obstinada convicción de que, al final, será instaurado un régimen general de paz. No como una conquista deliberada de la sabiduría humana sino como una obra de la Naturaleza Creadora de cosas –*Natura daedala rerum*–.

Para cualquier lector atento al memorable ensayo de Kant será evidente que el título de la siguiente investigación –Sobre la naturaleza de la paz y las condiciones de su perpetuación– es una traslación descriptiva del encabezamiento bajo el cual él escribió. Siendo ese el caso, es de esperarse que no se considere que sea una presunción indecorosa o una indebida inclinación a trabajar bajo una luz prestada. El objetivo y la brújula de un estudio desinteresado en estos términos son todavía los mismos que en tiempos de Kant (...)¹

¹ Thorstein Veblen, *An Inquiry into the Nature of Peace and the Terms of its Perpetuation* [Una indagación en la naturaleza de la paz y las condiciones de su perpetuación], The MacMillan Company, New York, 1917, p. vii. Thorstein Bunde Veblen (1857-1929), destacado economista y sociólogo estadounidense, fue profesor en las universidades de Chicago, Yale y Missouri y también editor de la revista académica *Journal of Political Economy* y de la revista político-

Estas palabras se pudieron leer por primera vez en inglés en la primavera de 1917, justo cuando los Estados Unidos decidían participar en la Primera Guerra Mundial, iniciada en 1914. Un libro anterior, *Imperial Germany and the Industrial Revolution* [La Alemania imperial y la revolución industrial], que Veblen comenzaría a redactar antes del estallido del conflicto y que ante el apremio de las circunstancias habría concluido prontamente –se publica en 1915–², evidencia que durante aquellos años el autor se dedicaba también a meditar, como un siglo antes lo hiciera

literaria *The Dial*. Fue el autor de varios libros y ensayos, entre los que se encuentra *Teoría de la clase ociosa* (1899), quizás su estudio más conocido en castellano, o, por citar otro de sus libros, *Instinct of Workmanship and the State of the Industrial Arts* [El instinto de trabajo útil y el estado de las artes industriales], que salió a la luz en 1914. El lector interesado en la biografía intelectual de Veblen puede, por ejemplo, acudir a la “Presentación” que hace Alberto Supelano en su selección y traducción de la compilación titulada *Thorstein Veblen. Fundamentos de economía evolutiva. Ensayos escogidos* (Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2005, pp. 9-21), volumen que además ofrece una relación de las obras de Veblen traducidas al castellano; o al trabajo de John P. Diggins, *El bardo del salvajismo. Thorstein Veblen y la teoría social moderna* (Fondo de Cultura Económica, México, 1983. Trad. Eduardo L. Suárez. Primera edición en inglés de 1978).

² Diggins, op. cit., pp. 274-275.

el renombrado filósofo, sobre las posibilidades de alcanzar una paz duradera.

Hoy también nos corresponde decir que, así muchas cosas hayan cambiado desde que Veblen escribiera su estudio, la paz sigue siendo esquivada y que quizás solo por eso valga la pena dar a conocer nuestra traducción de los dos primeros capítulos del mismo³. También podría ser que nuestro lector se sintiera animado por la curiosidad de leer un documento del pasado que habría salido a la luz, como entonces se dijo, en un “momento propicio”. Que se trató de un momento propicio lo atestigua su inmediata reimpresión⁴, difusión y elogiosas críticas recibidas (cosa distinta es, como sucedería con otros escritos de Veblen, si su consideración impulsaría alguna reforma). A propósito de la recepción del libro, Michael Spindler opina por ejemplo que el punto de vista defendido allí por Veblen

(...) permitió a los intelectuales progresistas y socialistas justificar su giro de una posición anti-guerra a una en favor de participar en

³ Dichos capítulos son: I. “Introductory: On the State and its Relations to War and Peace”, pp. 1-30; y II. “On the Nature and Uses of Patriotism”, pp. 31-76.

⁴ La MacMillan Company publica el libro en abril de 1917 y lo reimprime en agosto del mismo año; B.W. Huebsch saca a la luz una nueva edición poco menos de dos años después; desde entonces ha sido reeditado en inglés en varias oportunidades.

ella y esperar la emergencia de un orden racional después de que cesaran las hostilidades. En consecuencia (el libro) fue un éxito y fue reseñado en todas las revistas liberales (...) El *Carnegie Endowment for International Peace* compró 500 copias para que fuesen distribuidas en las universidades. Críticos de izquierda reconocieron el empuje socialista del argumento, lo que a su vez causó preocupación entre los comentaristas conservadores...⁵

Aunque algunas de sus tesis han sido reprobadas por la pluma de eminentes intelectuales, y en los Estados Unidos se le siguen dedicando ediciones críticas, ¿le habrán llegado al lector contemporáneo siquiera los ecos del furor que despertó el libro que parcialmente podrá leer aquí o los encomios que con el tiempo habría merecido su obra?: pues a Veblen se lo ha llamado “el iconoclasta revolucionario”, el “fundador de la tecnocracia”, el “Gramsci norteamericano”, “el científico social más interesante” o “el mejor crítico que hayan producido los Estados Unidos”⁶. Por fortuna, los dos textos que siguen no necesitan ser leídos con

⁵ Michael Spindler, *Veblen and Modern America: Revolutionary Iconoclast*, Pluto Press, Sterling VA, 2002, p. 89.

⁶ Opiniones que recoge Spindler en *Veblen and Modern America: Revolutionary Iconoclast*, op. cit., pp. 86-109.

la pasión del *fan* para que se aprecie su afilada reflexión sobre los vínculos que entendía anudarse entonces entre los intereses económicos de las clases dirigentes, el patriotismo y la guerra.

Aunque también las dispensas de la imaginación podrían llevarle a pensar al lector que algunas de las reflexiones de Veblen siguen teniendo vigencia: pues los discursos de los políticos, la propaganda institucional, la información y la publicidad mediática o la conversación cotidiana ¿no siguen remachando hoy las excelencias de la *patria* en que nacimos?: retahíla inofensiva cuya vehemencia e insistencia habitualmente fluctúan en consonancia con las buenas o malas relaciones del país con los vecinos; elogios de la *propia tierra* que podrían henchir, para emplear un término empobrecido por la frivolidad, la “autoestima”. Pero allí está Veblen para recordarnos que los fervores nacionalistas, cuando bien administrados, habrían ayudado a legitimar el inicio de una guerra.

Por último, esperamos que la reseña que escribió George Herbert Mead meses después de la publicación de *An Inquiry into the Nature of Peace and the Terms of its Perpetuation*⁷, y que se

⁷ *The Journal of Political Economy* vol. 26 n° 7, 1918, pp. 752-762. George Herbert Mead (1863-1931), filósofo pragmata formado en la Universidad de Harvard y

podrá leer al final de la presente edición, cumpla la tarea de ilustrar uno de los tonos de la crítica –este sí medurado– de uno de sus contemporáneos y, ¿por qué no?, ayudar a sopesar el alcance y validez de los argumentos que allí defiende Veblen.

Nota: Como debe suponerse, no existe siempre acuerdo cuando se traducen al castellano algunas de las nociones empleadas por Veblen. Nosotros, por ejemplo, y a diferencia de Vicente Herrero en su versión de *The Theory of the Leisure Class. An*

en Alemania, desarrolló la mayor parte de su carrera académica en la Universidad de Chicago; aunque en vida publicó poco –básicamente reseñas y comentarios–, tras su muerte sus alumnos compilaron los apuntes de sus clases y sus notas inéditas, ofreciendo con ello una aproximación sistemática a su obra, que habría de influir posteriormente en el interaccionismo simbólico; así, a partir de los cursos de psicología social que dictó desde 1900, Charles W. Morris, uno de sus alumnos, editó *Mind, Self and Society* (1934) [*Espíritu, persona y sociedad desde el punto de vista del conductismo social*, Paidós, México, 1993; trad. F. Mazia, supervisada por G. Germani]; otros de sus libros son *The Philosophy of the Present* [La filosofía del presente] (1932) y *The Philosophy of the Act* [La filosofía del acto] (1938).

*Economic Study of Institutions*⁸, decidimos traducir el término *invidious* como “envidioso” (y no, como él lo hace, como “valorativo”). De todos modos, la siguiente aclaración de Veblen en este sentido resulta muy útil:

Al utilizar el término *invidious* –como quizás sea superfluo anotar–, no existe la intención de elogiar o despreciar, tampoco la de encomiar o deplorar, alguno de los fenómenos que son caracterizados con la palabra. Se usa el término en sentido técnico para describir una comparación de personas con miras a la calificación y la clasificación con respecto a su relativo mérito o valor –en un sentido estético o moral– otorgando y definiendo así los grados relativos de complacencia con los cuales pueden legítimamente contemplarse a sí mismas y a los demás. Una comparación envidiosa es un proceso de valoración de las personas con respecto al mérito⁹.

archivos del Índice
Cali, abril de 2011

⁸ *Teoría de la clase ociosa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

⁹ *The Theory of the Leisure Class. An Economic Study of Institutions*, The MacMillan Company, New York, 1912, p. 34.

**Sobre el Estado y su relación
con la guerra y la paz**

Muchos hombres reflexivos, maduros en sabiduría mundana, saben con certeza que la guerra pertenece irrevocablemente al Orden de la Naturaleza. La contienda, con caídos, resulta forzosa en el trato humano, al mismo tiempo que conduce al crecimiento y difusión de las virtudes masculinas. Asimismo, la lozana juventud de la especie, en el período de adolescencia y aspirando a la virilidad, suele también compartir este arte de penetración y lo respalda con un elogio generoso de todas las cualidades marciales; y las mujeres en edad núbil y sin mayor madurez con gusto las consienten.

Por otra parte, las madres de la población son por lo común incapaces de advertir el provecho de todo esto. Parece un desperdicio de vida humana adquirida a un caro precio con una suma elevada de nada para mostrar a cambio. Igualmente muchos hombres de envejecido porte, de modo prematuro o no, están dispuestos a prestar su apoyo a semejante valuación

despreciativa; puede ser que el espíritu de proeza fluya en ellos a una tensión demasiado baja, o que hayan dejado atrás la apreciación más vívida de los valores espirituales puestos en juego. Hay muchos también que, volcándose hacia la exhortación, le dan empleo a sus mejores facultades señalando las bien conocidas atrocidades y la futilidad de la guerra.

En efecto, no es raro que estos defensores de la paz dediquen sus de otro modo poderes inactivos a esta tarea de exhortación sin estipendio ni subsidio. Y de forma unánime defienden el argumento de que la concepción corrientemente aceptada de la guerra –la fórmula del General Sherman¹ – es, en lo sustancial, correcta. Mientras tanto ha de admitirse que toda esta exhortación axiomática no tiene un efecto visible en el curso de los eventos o en el

¹ [William T. Sherman (1820-1891) luchó del lado de la Unión durante la Guerra Civil y alcanzó posteriormente el cargo de comandante general del ejército estadounidense. Durante la guerra se caracterizó por aplicar la estrategia de tierra arrasada con el objetivo de debilitar los sistemas de abastecimiento del enemigo. A la solicitud de cancelar la orden de desalojo y destrucción de Atlanta (Georgia) que le remitió el Concejo Municipal de la ciudad, Sherman contestó: “La guerra es cruel y ustedes no la pueden civilizar”; en 1879, durante un acto de graduación en la academia militar de Michigan, afirmó: “la guerra es el infierno”. N.T.]

temperamento popular respecto a la actividad bélica. Por cierto, ningún caudal de palabras semejante puede ser más incontrovertible o menos convincente que los pronunciamientos de los abogados de la paz, estén subsidiados o no. “La guerra es más sangrienta que la paz”. Esto podría indudablemente convenirse sin discusión pero también sin prejuicio alguno. Hasta ahora, debe admitirse, la búsqueda de los pacifistas de un fundamento para la paz duradera no ha traído a casa nada tangible –con la salvedad, por supuesto, de que los pacifistas subsidiados han venido por el subsidio–. Así pues, luego de escudriñar en los resquicios de su imaginación, pacifistas capacitados cuya locuacidad nunca se ha echado de menos hasta ahora se han visto forzados a preguntar: “¿qué podemos decir?”

Bajo estas circunstancias no estará fuera de lugar preguntarse por la naturaleza de esta paz sobre la que oscila tan amplia órbita de opiniones y argumentos. En todo caso, una indagación semejante no puede ser más gratuita o más trivial que las controversias que la provocan. Debe advertirse que los méritos intrínsecos de la paz en general, contra aquellos del proyecto bélico, aquí no se cuestionan. Como ese asunto yace en el dominio de la opinión preconcebida, para los propósitos de esta pesquisa no será significativo excepto como una materia que ha de escrutarse; siendo el punto principal de la investigación la

naturaleza, causas y consecuencias de semejante preconcepción en favor de la paz y las circunstancias que provocan una preconcepción contraria en favor de la guerra.

En general, cualquier ruptura de la paz en los tiempos modernos es un acto oficial que puede cumplirse solo por iniciativa del aparato gubernamental, el Estado. Las autoridades nacionales pueden, por supuesto, ser compelidas a adoptar dicha medida bajo la presión del sentimiento popular belicoso. Por ejemplo, se presume que este ha sido el caso en el ataque de los Estados Unidos a España durante la administración de McKinley; pero a medida que se descubre la historia íntima de ese episodio, resulta más evidente que el sentimiento popular beligerante, al que se dobló la administración, había sido un tanto “movilizado” diligentemente con miras en dichas sumisión y ruptura².

² [La guerra hispano-estadounidense o Guerra de Cuba (1898) supuso el final del imperio español en ultramar (ya que, además de esta isla, España perdió también Puerto Rico, Filipinas y Guam) y contribuyó a la expansión estadounidense por el Caribe y el Pacífico. Tuvo como detonante la voladura del *Maine*, un acorazado norteamericano que estaba fondeado en el puerto de La Habana. Aunque se sospechó que la explosión había sido fortuita o que podía haber sido provocada incluso por los mismos norteamericanos, la prensa contribuyó a estimular la animadversión popular contra España y la presión pública sobre el

Asimismo en el caso de la Guerra de los Boers: el paso se dio con el consentimiento de un espíritu popular marcial, el cual, de nuevo, no pudo madurar sin una astuta vigilancia y orientación³. Y así también en la actual guerra europea: por ejemplo en el caso de Alemania, donde se tomó la iniciativa, el Estado tuvo claramente el apoyo pleno del sentimiento popular, e incluso puede decirse que precipitó la guerra para responder a esta apremiante aspiración popular; y una vez más es patente aquí que el sentimiento popular había sido desde hacía mucho celosamente nutrido y “movilizado” hacia ese efecto, de modo que a la población se la mantuvo persistentemente en una disposición espiritual para esta eventualidad. Ello es menos evidente con respecto al Reino Unido, y quizás también a los otros Aliados⁴.

presidente de Estados Unidos, William McKinley, para que declarara la guerra. N.T.]

³ [Las Guerras de los Boers (la primera entre 1880 y 1881, la segunda entre 1899 y 1902) enfrentaron al imperio británico con los colonos de origen germano-holandés de Sudáfrica. En el trasfondo se encontraban las disputas por el control de las riquezas minerales del continente africano. N.T.]

⁴ [La Gran Guerra, conocida después como la Primera Guerra Mundial (1914-1918), enfrentó a las *Potencias Centrales* (el Imperio Alemán, el Austro-Húngaro, el Otomano y el Reino de Bulgaria) con los *Aliados*

Y tal parece haber sido el desarrollo usual de los hechos con respecto a todas las más grandes guerras de los últimos cien años, que podrían llamarse las guerras “públicas” de esta era moderna en contraste con las guerras “privadas” o administrativas que, de tiempo en tiempo, han sido sostenidas en una esquina por alguno de los Grandes Poderes contra los infelices bárbaros en el curso de la rutina administrativa.

También es evidente, dado el curso de los hechos, y como lo ejemplifican estas guerras modernas, que mientras la ruptura de la paz sobreviene solo por iniciativa y a discreción del gobierno o del Estado, para adelantar dicha actividad bélica siempre es necesario alimentar, y finalmente movilizar, el sentimiento popular para que apoye cualquier embate. Fomentar debidamente un ánimo belicoso resulta indispensable para procurarse y mantener una reserva adecuada con la que eventualmente romper la paz, así como para asegurar la prosecución diligente de dicha empresa una vez iniciada. Ese espíritu de patriotismo militante, que puede ser útilmente movilizado para respaldar la actividad bélica, ha sido por consiguiente una condición precedente para la admisión de cualquier pueblo en el moderno

(Francia, Bélgica, Reino Unido, Estados Unidos, Canadá, Rusia e Italia, entre otros). N.T.]

Concierto de Naciones⁵. Este Concierto de Naciones es un Concierto de Poderes y es tan solo como un Poder que cada nación juega su parte en el concierto, toda vez que ese “poder” aquí significa una eventual fuerza bélica.

Por ejemplo, un pueblo como el chino, sin impregnar de un conveniente espíritu patriótico, no ingresa al Concierto de Naciones como un Poder sino como una manzana de la discordia. No es que los chinos adolezcan de cualquiera de las cualidades que conducen a la eficiencia y al bienestar en tiempos de paz sino que, en efecto, parecen carecer de aquella “solidaridad de proeza” particular en virtud de la cual debieran escoger ser (colectivamente) formidables en vez de (individualmente) felices y honrados; y las modernas naciones civilizadas no están en una posición, ni gozan de un estado de ánimo, que tolere a un vecino cuyo único reclamo digno de su consideración quede incluido en la categoría de paz en la tierra y buena voluntad entre los hombres. El chino no parece haber sido hasta

⁵ [Desde el siglo XVII, y especialmente a lo largo del XVIII, tras las invasiones napoleónicas, surgieron varias (e infructuosas) iniciativas con el objeto de establecer mecanismos concertados para preservar la paz entre las naciones por medio de la diplomacia y la constitución de una asociación o liga de naciones que dirimiera las disputas internacionales. Estas iniciativas se intensificaron tras iniciarse la Primera Guerra Mundial en 1914. N.T.]

ahora un pueblo apto para los propósitos bélicos, salvo en la medida en que los recursos de ese país han sido absorbidos y convertidos en usos bélicos por algún poder extranjero entregado a sus propios fines. Ha sucedido así con varias de las dinastías extranjeras que, de tiempo en tiempo, se han apoderado del país y han alcanzado el dominio mediante el usufructo de sus fuerzas no combativas. Esa ha sido la naturaleza del imperio Manchú en el pasado reciente, y ese es el propósito evidente del usufructo japonés en ciernes del mismo país y de su población. Mientras tanto, el pueblo chino parece ser incorregiblemente pacífico, estando a duras penas dispuesto a batirse bajo alguna forma concertada, aún cuando una agresión no provocada lo arrincone, como en la coyuntura actual⁶. Un pueblo semejante es muy

⁶ [En diferentes momentos de su historia China fue dirigida por emperadores de origen extranjero, como los de la Dinastía Yuan (1291-1368), de origen mongol, o los de la Dinastía Qing (1644-1912), de Manchuria. A lo largo del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX China sufrió la presión expansionista de los imperios europeos y, especialmente, de Japón, lo que contribuyó al progresivo debilitamiento del apoyo popular hacia los últimos emperadores Qing que culminó con la proclamación de la República de China en 1912. Posteriormente, los japoneses invadirían China entre 1937 y el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945. N.T.]

excepcional. Entre las naciones civilizadas no existe, en términos generales, ninguna con un temperamento así, con la sola salvedad de los chinos –si en rigor puede hablarse de ellos como una nación.

La guerra moderna hace un uso tan enorme y directo de las artes industriales, y para su prosecución exitosa depende tanto del abastecimiento ingente y constante de servicios civiles y bienes manufacturados, que cualquier pueblo inofensivo e industrial, como el chino, podría sin duda ahora ser aprovechado por algún poder bélico que pudiera disponer de su fuerza de trabajo. Para lograr que su eficiencia industrial se acople de este modo a la actividad bélica y al dominio imperial, el usufructo de una población inofensiva y no patriótica como ésta tendría que caer en manos de un organismo gubernamental foráneo. Y ningún gobierno extranjero que se base en el apoyo de una población doméstica iniciada en los hábitos de la democracia o a la que le han entregado los ideales de la honestidad colectiva en los asuntos nacionales, podría esperanzadamente asumir tal empresa. Esta obra de edificación de un imperio a partir de materiales no bélicos podría en apariencia ser ejecutada solo por algún poder extranjero a quien no detenga alguna reserva de escrúpulo, que goce del respaldo de su propio pueblo servil absorbido por una impecable lealtad hacia sus amos, y con un temperamento

convenientemente belicoso como, por ejemplo, el Japón o la Alemania imperiales.

Sin embargo, para la empresa colectiva nacional lo común valdrá muy bien. Cualquier población imbuida de una razonable medida de patriotismo serviría, bajo una gestión competente, como un recurso disponible para la actividad bélica, así ella no suela ser proclive al humor belicoso. Bien administrado, el sentimiento patriótico ordinario puede ser prontamente movilizado para la aventura bélica por algún cuerpo de estadistas razonablemente hábil y resuelto –de lo que existe abundante ilustración–. Todos los pueblos de la cristiandad están poseídos por un sentido de nacionalidad sobradamente alerta, y por tradición y uso corriente todos los gobiernos nacionales de la cristiandad son instituciones bélicas, por lo menos en el sentido defensivo; y la distinción entre lo defensivo y lo ofensivo en la intriga internacional es un asunto técnico que no ofrece mayor dificultad. Ninguna de estas naciones tiene un carácter pacífico tan incorregible como para que se pueda confiar en que mantendrá la paz sin cejar durante el curso ordinario de los acontecimientos.

Establecida la paz por el Estado, o descansando en la discrecionalidad del Estado, ella tiene por fuerza la naturaleza de un armisticio pudiendo, en efecto, ser revocada a voluntad y con breve aviso. La paz solo se

mantiene bajo condiciones estipuladas por convención expresa o establecidas por la costumbre y siempre existe la salvedad, tácita o explícita, de que habrá recurso a la armas en caso de que los “intereses nacionales” o los puntillosos detalles de la etiqueta internacional sean contrariados por acto u omisión de algún gobierno rival o de sus súbditos. Cuanto más nacionalista sea el gobierno o su población subordinada, mejor dispuesta estará la respuesta al llamado de una oportunidad semejante para el despliegue de la proeza. La política gubernamental más pacífica que haya experimentado la cristiandad es la política de la “espera vigilante”, con un ojo celoso frente a la irrupción de alguna ocasión para el resentimiento nacional; y la más irrecuperable y vergonzosa dimisión del deber de parte de un gobierno civilizado sería su eventual insensibilidad al llamado de una “guerra justa”. Bajo ciertos auspicios gubernamentales –así como el mundo moderno conoce a los gobiernos–, la conservación de la paz alcanza su mejor momento bajo el precepto de “Habla con suavidad y porta un garrote”. Pero el argumento por la paz es más precario de lo que indicaría la locución del aforismo en tanto, en la práctica, el “garrote” es un obstáculo para el discurso blando. A la luz de la historia reciente resulta evidente que si la paz ha de mantenerse ello tendrá que suceder prescindiendo de la gestión

gubernamental –a pesar del Estado más que gracias a sus buenos oficios–. En el mejor de los casos, el Estado, o el gobierno, es una agencia para hacer la paz, no para perpetuarla.

Quien se interese por la naturaleza y descendencia de las instituciones y organismos gubernamentales en Europa –en cualquier aspecto, salvo el formal–, debería ser capaz de satisfacer su curiosidad echando un vistazo por encima del hombro de los estudiosos profesos de Ciencia Política. Muy decorosa y lucrativamente, esa rama académica se ocupa del auténtico pedigrí de estas instituciones, y con los instrumentos documentales en juego ya que la Ciencia Política es, después de todo, una rama de la jurisprudencia teórica comprometida en el análisis formalmente competente de los poderes jurídicos documentados. Las circunstancias materiales que en otro tiempo dieron inicio a estas instituciones, las exigencias que han gobernado el ritmo y dirección de su posterior crecimiento y mutación, así como la relación *de facto* del proyecto institucional con el bienestar material o el destino cultural de una sociedad dada –cuestiones de hecho que pueden ser pertinentes en las especulaciones de la Teoría Política–, no son intrínsecas a sus premisas, a la secuencia lógica de su investigación o a sus encuentros teóricos. Lo mismo es cierto también, por supuesto, en lo relativo a aquel sistema de

hábitos de pensamiento, a aquel marco mental admitido en el que necesariamente se fundamenta un esquema institucional particular y sin cuyo apoyo continuo cualquier esquema institucional de gobierno, o cualquier política, se volvería inoperante pasando así a la provincia de la ficción jurídica. Aunque todas estas no son cuestiones irrelevantes en la competencia del estudioso de Ciencia Política, ellas, después de todo, permanecen sustancialmente ajenas a la estructura de la teoría política; y hasta tanto asuntos de este estilo se pongan en juego, no se puede esperar honestamente que los especialistas en el campo aporten algo más allá de un ocasional *obiter dictum*. Por lo tanto, no puede haber una presunción descortés en que se acepten sin prejuicio los teoremas generales de la teoría política en boga, y en que se dejen atrás las formulaciones teóricas recibidas para considerar los fundamentos sustanciales sobre los que se han ido formando las instituciones gubernamentales y las circunstancias –materiales y espirituales– que rodean su incesante hacer y efecto.

En todas las naciones de la cristiandad, por sucesión lineal las instituciones gubernamentales y los poderes que las revisten se derivan de las instituciones feudales de la Edad Media; éstas, a su vez, tienen un origen predatorio y un carácter

irresponsable⁷. En casi todos los casos, pero en particular entre las naciones que se consideran típicamente modernas, las instituciones existentes se han modificado profundamente a partir del patrón medieval mediante una adaptación que cede a exigencias posteriores o a una innovación más o menos revolucionaria. El grado de su modernidad es (convencionalmente) medido, a grandes rasgos, según el grado en que ellas se han alejado del patrón medieval. Allí donde las concesiones inevitables han sido astutamente hechas con miras a conservar la autonomía e irresponsabilidad del organismo gubernamental, o del "Estado", y donde el curso del sentimiento nacional ha sido guiado para favorecer esta obra de conservación, como, por ejemplo, en Austria, España o Prusia, allí el resultado moderno ha sido lo que se podría llamar un Estado Dinástico. Donde, por otro lado, el fluir del sentimiento nacional se ha apartado notablemente del antiguo sostén territorial de la abnegación leal y ha hecho valer medidas de innovación revolucionaria, como en Francia o entre los pueblos de habla inglesa, el resultado moderno ha sido una *commonwealth* (ostensiblemente) democrática de ciudadanos sin jerarquías. Pero el contraste así indicado es un

⁷ La excepción parcial y dudosa de los países Escandinavos o de Suiza no debe inspirar preguntas sobre este punto.

contraste de variantes divergentes, más que de opuestos. Estas dos formas-tipo pueden tomarse como los límites de variación –extremos e inclusivos– entre las instituciones gubernamentales con las que se ha dotado el mundo moderno⁸.

La diferencia efectiva entre estos dos tipos de organismos gubernamentales teóricamente contrastados es, sin duda, sobradamente seria –y resulta importante para múltiples propósitos– pero, después de todo, su naturaleza no es tal como para que haya que detener por completo el argumento en este momento. En efecto, los dos difieren menos en aquel alcance de su funcionamiento que se trata aquí, que en su repercusión sobre el destino de la sociedad, dejando a un lado las cuestiones de la guerra y la paz. En todos los casos destacan en este sentido ciertas características primarias del antiguo régimen, que todas estas instituciones modernas tienen en común, aunque no todas en un grado parecido de preservación y efectividad. Todas ellas, por ejemplo, se hallan revestidas de ciertos atributos de “soberanía”. Mirándose de cerca, en todos los casos el ciudadano todavía resulta ser,

⁸ Cf., por ejemplo, Edward Meyer, *England: Its Political Organization and Development and the War against Germany* [Inglaterra: su organización política y desarrollo y la Guerra contra Alemania], Ritter & Company, Boston, 1916 [Primera edición en alemán, 1915; traducción inglesa de Helene S. White], cap. ii.

en cierta medida, un “súbdito” del Estado puesto que sin falta se admite que él tiene un “deber” ante las autoridades constituidas, en un sentido y en otro. Todos los gobiernos civilizados reconocen la Traición, la Sedición y similares; y todos los ciudadanos honestos no solo se muestran satisfechos sino que hacen gran hincapié en el evidente deber del ciudadano en este punto. La predisposición a la lealtad no es una materia sobre la que se tolere argumento alguno. En virtud de esta predisposición a la lealtad, o “deber civil” –el que aún conserva bastante del tinte de la adhesión feudal–, uno de los derechos de la institución gubernamental es el de controlar y dirigir coercitivamente las acciones del ciudadano, o del súbdito, en aquellos aspectos que hacen parte de su deber; como también modificar autoritariamente sus capacidades para que respondan a los propósitos que dependen de la discreción gubernamental, como, por ejemplo, la Defensa Común.

Estos derechos y atribuciones subsisten todavía en la institución gubernamental, incluso en el caso de la desviación democrática más amplia posible de aquel antiguo modelo de tutelaje y usufructo autoritario que marcó al rancio Estado patrimonial –y que aún caracteriza a los mejor preservados entre sus derivados modernos–. Y tales atribuciones discrecionales son tan intrínsecas a estas instituciones gubernamentales –y tan fieles son a la

predisposición popular que todavía se consideran una cosa de cajón y de necesidad axiomática-, que han sido invariablemente conservadas también entre los atributos de aquellos gobiernos democráticos que trazan su origen en una ruptura revolucionaria con el antiguo orden.

Para muchos, todo esto parecerá un pedante repertorio de lugares comunes –como si valiese la pena observar que los gobiernos existentes están investidos de los indispensables atributos de gobierno-. No obstante, la historia documenta un modelo que discrepa de esta regla axiomática –una regla que se estima es un inevitable mandato del sentido común-. Y éste no es, ni mucho menos, un ejemplo excepcional. Él puede servir para mostrar que estas atribuciones distintivas e indubitables deben ser consideradas, después de todo, como las huellas de gobiernos de una especie particular y no como los rasgos del *genus* de los organismos gubernamentales en general. Estas atribuciones responden a un prejuicio adquirido, no a una propiedad básica de la naturaleza humana: un asunto de hábito, no de herencia.

Dicho ejemplo histórico es la llamada República, o *Commonwealth*, de Islandia –siglos décimo a trece-. Los estudiosos de historia contemplan su caso como una anomalía espectacular porque ella no admitió ninguna de estas atribuciones gubernamentales elementales

en sus autoridades constituidas. Sin embargo, y discrepando de tales preconcepciones automáticas de estos especialistas de historia, es bueno notar que en las deliberaciones de aquellos antepasados que erigieron la República para la gestión de sus preocupaciones comunes, la inclusión de dichos poderes en su competencia no se habría contemplado nunca, ni siquiera al punto de que fuesen rechazados. Esta singularidad –como sería considerada por estadistas modernos y estudiosos– de ningún modo fue para los fundadores de la República un nuevo punto de partida en la gestión estatal. Ellos no tenían noticia de tales poderes, deberes y responsabilidades salvo como atributos malsanos de un novel y extraño esquema de opresión irresponsable que Harald Fairhair⁹ quiso imponerles: evadirlos sin continencia se constituyó en su principal e inmediata preocupación. Tampoco crearon ningún organismo conjunto o colectivo con atribuciones

⁹ [Islandia fue colonizada durante el último cuarto del siglo IX por grupos de escandinavos que huían de la opresión del primer rey de Noruega (Harald I, también conocido como Harald Fairhair); allí establecieron la Mancomunidad Islandesa o Estado Libre Islandés (874-1262) que se tiene por la primera república moderna puesto que, por encima de las comunas o clanes, existía una asamblea legislativa y judicial (*Althing*) cuyos miembros eran elegidos por las comunas. N.T.]

para la Defensa Común, ni parece que esa idea se les hubiese ocurrido.

En la historia de su creación no hay señas de que los hombres que establecieron la *Commonwealth* de Islandia tuviesen conciencia alguna de la necesidad, o siquiera de la viabilidad, de un gobierno coercitivo que se implicase en la preparación concertada de la defensa común. La sujeción a la autoridad personal o a la autoridad oficial en cualquier grado de atenuación no estaba contemplada en su experiencia tradicional de ciudadanía; y fue a partir de los elementos contenidos en esta experiencia tradicional que tuvo que, por obligación, edificarse la naciente estructura. La nueva *commonwealth* fue necesariamente erigida sobre las premisas permitidas por el esquema de usos y costumbres recibido; y este modelo recibido se había desprendido de las condiciones pre-feudales sin haber transitado bajo la disciplina de aquel régimen de coerción que el sistema feudal había impuesto sobre el resto de Europa y que entonces se había instituido como de “uso inmemorial” y “segunda naturaleza” entre los pueblos de la cristiandad. El carácter resultante de la *Commonwealth* de Islandia es sobradamente llamativo cuando se contrasta con la *Commonwealth* inglesa del siglo diecisiete o con las posteriores repúblicas francesa y americana. Estas, todas y cada una en particular, surgieron de una prolongada experiencia en la gestión

estatal y en la política estatal feudal; y la defensa común –a menudo enfatizando en lo ofensivo– con su necesaria maquinaria coercitiva y su lealtad sumisa, tendría en consecuencia un lugar central en la estructura cívica resultante.

Para concluir la anécdota sobre la *Commonwealth* de Islandia puede agregarse que su república de ciudadanos insubordinados al poco se hundió en la insolvencia, en un sistemático uso equivocado, bajo los desórdenes provocados por la acumulación de riqueza, y que murió de ficción legal y de formalismos constitucionales después de cierta experiencia en manos de estadistas competentes y ambiciosos en tratos con un gobierno extranjero atraído por el proyecto coercitivo. La vasija de arcilla se quebró en medio de las ollas de hierro, demostrando así su incapacidad para sobrevivir en el mundo de las naciones cristianas –algo muy parecido al caso de los chinos, hoy a merced de la rapacidad defensiva de los Poderes.

Y la misericordia que les dimos

Hubo de hundirlos en el mar,

Derrotados en la Alta Costa Berberisca¹⁰

¹⁰ ["And the mercy that we gave them/ Was to sink them in the sea,/ Down on the coast of High Barbarie". Los piratas procedentes de la costa berberisca (en las actuales Túnez, Argelia y Libia) surcaron las costas mediterráneas desde la caída del imperio romano hasta el siglo XIX abordando barcos y atacando a las poblaciones costeras europeas. A

Sin duda, se admitirá como una verdad axiomática que la creación de una *commonwealth* según el modelo de la República de Islandia –sin una autoridad coercitiva ni disposiciones para la defensa común, y sin conciencia de subordinación o responsabilidad colectiva entre sus ciudadanos– estaría fuera de discusión bajo las circunstancias políticas y del comercio internacional existentes. Tampoco sería viable una *commonwealth* de este estilo a la escala y ritmo impuestos por las condiciones de la industria y el comercio modernos, incluso omitiendo los celos y ambiciones internacionales, a condición de que los sagrados derechos de propiedad mantuvieran alguna semejanza con su forma actual. Y, sin embargo, un tanto del impulso del sentimiento popular y, por cierto, un tanto del esfuerzo deliberado orientado hacia una organización nacional inofensiva e indefensa de este estilo, han sido siempre visibles en Europa Occidental a través de los tiempos

inicios del siglo XIX, los Estados Unidos, con la colaboración de algunos países europeos, se implicaron en las llamadas Guerras Bereberes (la primera entre 1801 y 1805, la segunda en 1815) con las que se puso fin a las acciones de estos piratas y a las extorsiones a que eran sometidos los barcos que pasaban por esta zona. Veblen retoma aquí los versos de una canción popular, inspirada en aquellos hechos, que relata la derrota de un barco pirata. N.T.]

modernos; especialmente a lo largo de los siglos dieciocho y primera mitad del diecinueve; en particular entre los habitantes de habla inglesa y, con una discrepancia, entre los franceses. Holanda y Escandinavia responden más dudosamente a la misma caracterización.

La historia conoce al movimiento en cuestión como la derivación Liberal, Racionalista, Humanitaria o Individualista. Su ideal, cuando se formula, es llamado el Sistema de Derechos Naturales; y su meta en pos de un organismo nacional ha sido bien caracterizada por sus críticos como el Estado Policía, o *Night-Watchman State*¹¹. Los avances hechos en esta dirección o, mejor quizás, las incursiones de este espíritu en los ideales nacionales deben ser ciertamente registradas como un vuelco hacia la paz y la armonía; pero es también evidente que el cambio de fundamento que así despuntó debido a esta tensión del sentimiento nunca ha llegado a su cumplimiento y nunca ha tenido efecto en algo parecido a un compromiso de trabajo efectivo. La índole de sus consecuencias prácticas ha sido la de disminuir y abandonar la búsqueda de las ambiciones nacionales y de la empresa dinástica, más que la del ejercicio creativo de erigir un

¹¹ [Un hipotético estado mínimo cuyas funciones se reducirían a las policiales, judiciales y militares con el objetivo de garantizar y proteger las transacciones libres entre los ciudadanos. N.T.]

mobiliario institucional conveniente a sus propios fines. En efecto, el movimiento no ha ido más allá de lo que podría llamarse una incipiente corrección de los abusos. Su punto álgido, así como su ocaso, se sitúan en el siglo diecinueve.

En cuanto al tiempo, el declive de esta amable presunción de *laissez-faire* en la política nacional coincide con el período de gran avance de la tecnología del transporte y la comunicación en el siglo diecinueve. Desde una perspectiva más amplia, quizás debería mejor decirse que el fluir de las ambiciones y animosidades nacionales, en los siglos dieciocho y diecinueve, había sufrido cierta decadencia a través de la difusión de esta predilección sentimental por la Libertad Natural y que, entonces, ese declinar de aspiraciones más varoniles fue atajado y corregido con la ayuda de dichos adelantos en la situación tecnológica: ella permitió que se ejerciera un control más próximo y coercitivo sobre áreas más vastas y, al mismo tiempo, facilitó la acumulación masiva de fuerza bélica para golpear con crecida efectividad a mayor distancia. Este episodio del ascenso y caída del *laissez-faire* en la historia moderna tal vez pueda entenderse mejor como un debilitamiento transitorio del nacionalismo, por descuido, más que como algo parecido al ascenso de un ideal nuevo y más humano de vínculo nacional. Esa sería la valoración que tendrían en su poder quienes hablan en favor de una vigorosa vida

nacional y del arbitrio caballeroso en los asuntos humanos. Y el crecimiento posterior de aspiraciones más militantes, junto con una atención más estable y diligente al desarrollo del control y de armamentos formidables –cosa que se prolongaría a lo largo de la segunda mitad del siglo diecinueve–, se calificaría entonces como la reanudación de aquellos objetivos e ideales más viejos que habían permanecido en estado latente durante los días de las mansas aguas del Liberalismo.

Mucho puede decirse en torno a esta opinión ulterior; y, en efecto, mucho se ha dicho de ella, en especial del lado de los portavoces de las políticas imperialistas. Esta preferencia por la Libertad Natural ha sido asociada en la historia con la población de habla inglesa, más íntima y ampliamente que con cualquier otra. No es que esta concepción amable sea en algún grado peculiar una característica racial de este grupo de personas; tampoco siquiera que la historia de su ascenso y declive transcurra por completo en el interior de las fronteras lingüísticas que indica tal caracterización. Los franceses y holandeses han puesto su cuota y, en fecha más temprana, el sentimiento y la especulación italiana prestaron su impulso a la misma corriente cordial de fe y anhelo. Pero, por un accidente histórico, su centro de gravedad y difusión se arraigó entre las comunidades de habla inglesa durante el período en que este sesgo hizo historia y dejó su huella en

el esquema institucional de la civilización occidental. En gracia de lo que puede llamarse, para el propósito presente, un accidente histórico, sucede que el intervalo histórico durante el cual fue indudable la avanzada de la predilección por la Libertad Natural, fue también un período en el que estas poblaciones de habla inglesa –entre quienes son mayormente evidentes sus efectos– estaban relativamente a salvo de las perturbaciones internacionales, forzadas por su aislamiento. Se puso poca presión sobre su sentido de solidaridad nacional o de proeza nacional; tan poca, de hecho, que había cierto peligro de que su animosidad patriótica entrara en decadencia por falta de uso; y entonces ellos también estaban ocupados en otras cosas. Es cierto que el intercambio pacífico era relativamente fácil, activo y de largo alcance –siglos dieciocho y diecinueve– si se lo compara con lo que había sucedido previamente; pero el contacto bélico a una escala tal que constituyese una amenaza substancial para cualquier gran nación estaba, en lo que atañe a los pueblos de habla inglesa, casi fuera de consideración. Los medios de agresión disponibles, en lo tocante a estas comunidades particulares, eran obvia y conscientemente inadecuados cuando se los contrasta con sus medios de defensa. Los medios de control o coerción internos o intra-nacionales estaban también peor dotados por el estado de las artes vigente en ese tiempo que los medios de

intercambio pacífico. Dichos medios de transporte y comunicación eran, en esa etapa de su desarrollo, menos adecuados para los propósitos de una estrategia bélica de largo alcance y para el ejercicio de la vigilancia y coerción sobre extensas áreas que para los fines del tráfico pacífico.

Pero el continuo adelanto en los medios de comunicación durante el siglo diecinueve pronto trastocó esa situación y pronto empezó a neutralizar la cuarentena geográfica que había confinado a aquellas comunidades –propensas como eran a dejar las cosas como estaban–. El incremento en la velocidad y en la precisión de movimiento de la navegación, debido a la penetración exitosa del vapor, así como el aumento concomitante del tamaño de las unidades de embarque, todo se conjugó, y pronto volvió insignificantes las pacíficas barreras de agua y clima. Así también el desarrollo de las vías férreas, con su aptitud creciente para usos estratégicos junto a la coordinación de movimientos de largo alcance que aquellos medios y el telégrafo posibilitaron; todo lo cual además se facilitó gracias al aumento de la masa y densidad de la población. Los avances en la tecnología armamentística y de equipamiento contribuyeron al mismo efecto de poner la paz de cualquier sociedad en un equilibrio cada vez más precario, mediante la ventaja que esta nueva tecnología daba para un equipamiento presto y

una rápida movilización. El nuevo estado de las artes industriales, útil para la actividad bélica, puso una cuota cada vez más pesada en la preparación para el ataque o la defensa, pero, en especial, todo influyó con creces para favorecer la ofensiva. Éste tornó anticuada la estrategia Fabiana¹² y condujo a la doctrina de una ofensa defensiva.

Con el continuo avance de aquellas artes industriales que se prestaban para usos estratégicos, esta doctrina gradualmente se hizo realidad y también se volvió cierto que ningún rincón de la tierra era ya seguro, por la sola gracia de la distancia y el obstáculo natural, de una eventual agresión de manos de algún previsor y arriesgado asaltante –incluso con la ayuda de precauciones defensivas mínimas–. El miedo a la agresión llegó así a tomar definitivamente el lugar de la buena voluntad internacional y se convirtió en el motivo principal de la política pública, tan rápido y tan lejos como el estado de las artes industriales proseguía inclinando la balanza de la ventaja del

¹² [Aquella en que se evitan los ataques directos y se privilegian los pequeños enfrentamientos y escaramuzas en la retaguardia con el objeto de debilitar el abastecimiento y la moral del enemigo. El nombre proviene del político y militar romano Quinto Fabio Máximo, quien usó esta estrategia de desgaste en su lucha con los ejércitos cartagineses comandados por Aníbal durante la Segunda Guerra Púnica. N.T.]

lado del agresor. Todo ello sirvió en buena medida para fortalecer el poder de aquellos estadistas que, por interés o temperamento, se sentían atraídos por el proyecto imperialista. Desde ese momento todo armamento ha sido convencionalmente considerado como defensivo y todos los estadistas han profesado que la defensa común es su principal preocupación. De modo manifiesto, todo armamento ha sido concebido para mantener la paz: como si una sombra del sesgo pacifista aún permaneciera allí.

A lo largo de esta última fase de la civilización moderna, el miedo declarado a la agresión ha servido como apología, posiblemente como provocación de hecho, para los armamentos nacionales; y a través del mismo período cualquier análisis de la situación finalmente remontará la cadena de miedo hasta Prusia como el centro, putativo o real, de zozobra y aprehensión. Sin duda, el armamento prusiano ha tomado el mando y ha forzado la paz entre las naciones de la cristiandad; pero, también, la política de Prusia ha sido diligentemente revestida con el mismo reclamo decoroso de la provisión necesaria para la defensa común y con una exhortación incansable por la paz internacional –a lo que se ha sumado la astuta reconsideración de la “ofensa defensiva”.

Es característico de esta era de paz armada que en todas estas preparaciones excesivas para romper la paz cualquier confesión formal de no

tener un fin defensivo haya sido evitada en todo momento por parecer una violación insufrible al decoro diplomático. Es igualmente privativo de la misma era que los armamentos hayan sido reforzados sin descanso, más allá de lo que fuese conocido antes; y que todos los hombres hayan sabido todo el tiempo que el desenlace inevitable de este armamento abiertamente defensivo debe eventualmente ser la guerra a una escala sin precedentes y de una ferocidad sin paralelo. No sería caritativo, ni se iría tampoco al punto, fijarse en la luz que esta situación proyecta sobre la sagacidad colectiva o la buena fe de los estadistas que han estado a cargo de los asuntos. No es posible imaginar cómo podría haberse llegado a un desenlace como el actual a causa de tan solo un cierto grado de estupidez o de incapacidad; tampoco es más fácil encontrar evidencia de que la sagacidad suma del arte de gobernar implicada haya tenido el más mínimo efecto mitigante sobre la consumación malvada que ha producido en conjunto el suceso. Desde hace mucho ha sido un lugar común entre los observadores de los acontecimientos públicos que estos preparativos bélicos, declaradamente defensivos, han sido de hecho preparativos para romper la paz; contra lo que, por lo menos de modo ostensible, se ha vislumbrado una cura en la preparación de armamentos aún más pesados, a pesar de la comprensión plena de que más armamentos causarían infaliblemente una guerra

más implacable y desastrosa –lo que resume el arte de gobernar de los últimos cincuenta años.

Prusia, y después la Alemania prusianizada, ha sido objeto de la distinción de liderar y forzar el ritmo en esta preparación competitiva –o “disponibilidad” para la guerra en tiempos de paz–. Que este haya sido el caso parece ser, en buena medida, una suerte de circunstancia fortuita. La fase de fuerza emprendedora y de fraude a los que ese país debe su influencia en el concierto de las naciones es un episodio de la historia reciente; tan reciente, en efecto, que la nación germana todavía no ha tenido tiempo de sobreponerse y dejar que se olvide; y, en consecuencia, el Estado Imperial se encuentra lastrado por la tensa e irritable conciencia de odio y por una reputación establecida de mala fe extrema. De lo que ha trascendido, entre otras cosas, que los estadistas del Imperio han vivido con la preocupación de que sus imperdonables negligencias sean traídas a casa; y entonces, por un lado, han sido incapaces de dar crédito a ninguna intención pacífica manifestada por los Poderes vecinos, mientras que, por otro lado, no han podido ganarse la confianza por sus propias declaraciones volubles de paz y amistad. Así que –gracias a una coyuntura fortuita de circunstancias apenas relevantes– Prusia y el Imperio han sido impelidos a tomar la iniciativa en la carrera de la “disponibilidad” y han sido llevados diligentemente a apurar una ruptura

que no podían permitirse. Es sumamente dudoso, por decir lo menos, si el acontecimiento hubiera sido sustancialmente diferente en la ausencia de ese especial apremio a la disponibilidad competitiva que esta actitud de Alemania puso a la situación; pero sin duda el ritmo de aproximación al clímax bélico ha sido acelerado por la política anticipatoria de disponibilidad que la dinastía de Prusia se ha visto constreñida a ejercer. Eventualmente, las peculiares circunstancias de su caso –vergüenza en casa y desazón y descrédito en el extranjero– han inducido al Estado Imperial a adoptar la línea de la ofensa defensiva, a agarrar la guerra por los pelos y a tomar represalias contra presuntos enemigos por infracciones potenciales. Pero, en todo caso, el mejoramiento progresivo en el transporte y las comunicaciones, así como en la particular tecnología bélica, respaldados por facilidades muy extendidas para adoctrinar a la población con un nacionalismo militante –estos recursos disponibles, operando bajo la mano de estadistas patrióticos–, deben haber empujado la paz de Europa a un equilibrio tan precario en el curso del siglo pasado, como el que hubiera provocado el incremento material en el equipamiento para la defensa nacional; lo que, inevitablemente, habría conducido al armamento competitivo y a una desconfianza y animosidad internacional acentuadas, culminando finalmente en hostilidades.

Bien puede ser que la solicitud de aprestamiento defensivo promovido por hombres de Estado, prusianos u otros, como una apología de los armamentos competitivos, sea un subterfugio diplomático –hay indicios de que éste ha sido comúnmente el caso–; pero aun si ella suele ser a ojos vistas poco ingenua, la necesidad de hacer dicha solicitud para cubrir designios más siniestros es, en sí misma, la evidencia de que un proyecto abiertamente predatorio no cumple ya con el requisito de la aprobación popular. Incluso si una excepción a esta regla fue admitida en la actitud reciente del pueblo alemán, debe recordarse que la excepción fue permitida para que durase solo transitoriamente, y que en la actualidad la confesión de un designio predatorio en este caso fue repudiada con apremio ante la adversidad. Incluso quienes hablan con mayor soltura en favor de la necesidad de la guerra y de sus méritos en tanto disciplina obligada de las virtudes varoniles, están constreñidos por el sentimiento predominante que desapruueba su necesidad.

Sin embargo, es de igual forma evidente que, una vez el proyecto bélico ha ido tan lejos como para comprometer a la nación en las hostilidades, tendrá el apoyo cordial del sentimiento popular, incluso siendo patente que se trata de una guerra de agresión. En efecto, resulta ser una

generalización bastante prudente decir que una vez los estadistas interesados han puesto en marcha las hostilidades, puede suponerse con fiadamente que el sentimiento patriótico de la nación respaldará la iniciativa con independencia de los méritos de la disputa. Pero aun si el sentimiento nacional puede de esta manera considerarse una cosa de cajón, concomitante, debe también tenerse en cuenta al respecto que, en cuanto una nación interviene en una disputa, viene a tener de inmediato la aprobación moral de la comunidad. Por supuesto, esporádicamente se hallarán algunos disidentes, aquellos que no convienen de buena gana con el ánimo que prevalece; pero en tanto proposición general seguirá siendo todavía válido el que cualquier disputa así se convierta inmediatamente en una disputa justa a los ojos de quienes se han comprometido en ella.

A este teorema general le sigue un corolario en este sentido que puede no valer la pena. El político que tiene éxito en embrollar a su país en una guerra, no obstante nefasta, se transforma en un héroe popular y es reputado como un estadista sensato y justo, por lo menos por el momento. Quizás no sea necesario mencionar, y sin duda no puede hacérselo con elegancia, ejemplos ilustrativos; la mayoría de los héroes populares y estadistas célebres pertenecen a esta clase.

Otro corolario, enlazado de forma más inmediata con la cuestión que se trata, se desprende de la misma proposición general: dado que los valores éticos comprometidos en una querrela internacional cualquiera tienen, en lo sustancial, el carácter de una reconsideración o idea accesoria, pueden ser dejados de lado sin peligro en el esfuerzo por entender o explicar el estallido de las hostilidades. La indignación moral de las dos partes de la disputa debe darse por sentada, por constituir para el estadista el recurso disponible principal y necesario para llevar adelante y mantener a flote la actividad bélica en pos de un desenlace honorable. Ella es un acelerador de la animosidad partisana que inspira a ambas partes y que las sostiene en su tarea de auto sacrificio y devastación, y, en su mejor momento, servirá principalmente como un manto de vanagloria de la rectitud propia con el fin de atenuar excursiones excepcionalmente relajadas durante la conducción de las hostilidades.

Cualquier actividad bélica que se espere emprender debe tener la sanción moral de la comunidad o de una mayoría efectiva de la misma. En consecuencia, para el estadista belicoso se convierte en una preocupación primordial el poner a tono esta fuerza moral para la aventura en la que está empeñado. Y existen dos líneas de motivación principales mediante las cuales pueden entonces movilizarse las

fuerzas espirituales de cualquier nación cristiana para la hazaña bélica: (1) La preservación o el fomento de los intereses materiales de la comunidad, reales o fantasiosos, y (2) la reivindicación del honor nacional. A éstas podría tal vez agregarse una tercera: el progreso y la perpetuación de la "Cultura" de la nación; es decir, de su modelo habitual de usos y costumbres. Es una buena pregunta si, en la práctica, la aspiración a perpetuar la Cultura nacional deba de modo consecuente distinguirse de la reivindicación del honor nacional. Quizás haya que hacer la precisión de que "la perpetuación de la Cultura nacional" favorece una tolerancia mejor dispuesta a la agresión gratuita y depara una cobertura más amplia para las atrocidades subsidiarias, puesto que los enemigos de la Cultura nacional serán necesariamente concebidos como gente inferior y obstaculizadora, que cae por debajo de las reglas del decoro común.

Aquellos intereses materiales por los que las naciones modernas profesan el hábito de tomar las armas tienen por lo común un carácter fantasioso en tanto usualmente no poseen más que un valor neto imaginario para la comunidad en general. Ellos son, por ejemplo, el comercio nacional o la ampliación del territorio nacional. Éstos y otros por el estilo pueden servir a las ambiciones bélicas o dinásticas de los señores de la nación; también pueden apoyar los intereses

de los funcionarios y, en particular, los de ciertas casas de negocios o de empresarios que se yerguen para obtener alguna pequeña ventaja gracias al favor de los poderes en control; pero para el hombre del común ello no significa más que una cuenta engrosada de los gastos gubernamentales y un probable aumento en el costo de vida.

Que el comercio de una nación deba ser transportado en buques de propiedad de sus ciudadanos o que deba ser registrado en sus puertos tendrá sin duda algún valor sentimental para el común de sus ciudadanos, como lo ha demostrado el hecho de que políticos tramposos siempre advierten que vale la pena recurrir a esta predilección chovinista. Pero en lo relativo a su beneficio material, se trata evidentemente de una cuestión del todo irrelevante para cualquiera, salvo para los dueños de las embarcaciones; y para estos propietarios tampoco tiene consecuencia material alguna bajo qué bandera zarpan sus inversiones, excepto en la medida en que el gobierno en cuestión pueda permitirse darles la oportunidad de obtener ventajas preferenciales –invariablemente a cuenta de sus conciudadanos–. Lo mismo es también cierto en lo que respecta al domicilio y a la lealtad nacional de los negociantes que compran y venden las importaciones y exportaciones del país. El hombre del común sencillamente no tiene el más mínimo interés material en la

nacionalidad o en el lugar de residencia de quienes administran este negocio; aunque todos los hechos afirman que de cierta manera enigmática suele persuadirse a sí mismo de que sí constituye alguna especie de diferencia oculta para él; de modo que por lo general está dispuesto a pagar algo sustancial al subsidiar a los empresarios de su propia nacionalidad en la forma de un arancel proteccionista y cosas parecidas.

La única ventaja material que puede derivarse de dicha política de comercio preferencial surge en el evento de hostilidades internacionales, en cuyo caso los buques de propiedad doméstica y los comerciantes pueden a su debido tiempo contar para la preparación militar; aunque incluso a ese respecto su valor es contingente e incierto. Pero de esta manera pueden coadyuvar, en la medida de sus capacidades, a la disposición de romper las relaciones pacíficas con otros países. Es solo para propósitos bélicos, es decir para las ambiciones dinásticas de los estadistas belicosos, que estos artificios preferenciales de la política económica tienen algún valor sustancial; e incluso en ese respecto su conveniencia es siempre dudosa. Ellos son una fuente de envidia nacional, y pueden a veces convertirse en ayuda para la estrategia militar cuando esta envidia nacional desemboca en hostilidades.

El curso de los acontecimientos en cuanto a esta cuestión de política nacional de comercio es más o menos así: a instancias de hombres de negocios que se benefician con ello, y con el apoyo sincero del sentimiento popular, las autoridades constituidas promueven diligentemente el incremento del embarque y del comercio bajo la protección del poder nacional. Al mismo tiempo, ellas invierten riqueza y energía diplomática en un esfuerzo por extender los medios del mercado internacional que se abren para los hombres de negocios del país, siempre con miras en una ventaja preferencial que favorezca a estos empresarios, también con el apoyo sentimental del hombre del común y a su costo. Para salvaguardar estos intereses comerciales, así como las propiedades de los ciudadanos de la nación en el extranjero, la nación mantiene entidades navales, militares, consulares y diplomáticas a expensas de todos. Bajo circunstancias favorables, las ganancias totales resultantes de estos intereses comerciales e inversiones en el extranjero nunca, ni por casualidad, igualan el costo del aparato gubernamental instalado para fomentar y salvaguardar a aquellos. Estas utilidades, tal como resultan, van a los inversores y a los negociantes que participan en dichas actividades; mientras que los costos concomitantes de la aventura son sufragados casi completamente por el hombre del común, que de todo ello no obtiene

provecho alguno. Corrientemente, como en el caso de un arancel proteccionista o de una ley náutica preferencial, el costo para el hombre del común es completamente desproporcionado respecto de la ganancia que acumulan los hombres de negocios para cuyo beneficio él paga el gravamen. La única otra clase –aparte de la de los hombres de negocios que son beneficiados preferentemente– que deriva algún beneficio material de este arreglo es la de los burócratas que atienden este comercio gubernamental y algo sacan en forma de salarios y emolumentos; y cuyo costo es sufragado por el hombre del común, que sigue siendo ajeno a todo, menos al pago de las facturas. El hombre del común se siente orgulloso y satisfecho de llevar esta carga que beneficia a sus vecinos más pudientes, y lo hace con la convicción singular de que de algún modo oculto él se beneficia con ello. Todo esto es increíble, pero es un hecho de todos los días.

De llegar a ocurrir que estos intereses empresariales de los hombres de negocios de la nación interesados en el comercio o en la inversión en el exterior sean puestos en peligro por un disturbio cualquiera en aquellas tierras extranjeras donde se asientan dichos intereses empresariales, de inmediato se convierte entonces en una preocupación apremiante para las autoridades nacionales el usar todos los medios a su alcance para mantener sin menoscabo el lucrativo comercio de estos

hombres de negocios, y el hombre del común paga el costo. De pasar esta situación desfavorable a tales extremos siniestros que entrañan pérdidas reales para estos intereses empresariales o, si no, que dan lugar a quejas concretas, ello se torna en un asunto de honor nacional; en cuyo caso ningún sentido de la proporción entre las ganancias materiales en juego y el costo de la enmienda o de la retaliación requieren observarse ya, dado que el honor nacional no tiene precio. La motivación de la causa se desplaza del terreno de los intereses materiales al terreno espiritual de los sentimientos morales.

A propósito, el "honor" debe por supuesto entenderse en el sentido eufemístico que tiene el término bajo el *code duello* que gobierna las "cuestiones de honor". Éste no conlleva ninguna connotación de honestidad, veracidad, equidad, liberalidad o generosidad. Ciertamente, este honor nacional tiene la naturaleza de un activo intangible o inmaterial; es un asunto de prestigio, una concepción de deportividad; pero ese hecho no debiera significar que tiene un efecto sustancial mucho menor, para los propósitos de una *casus belli*, que los haberes materiales de la comunidad. Todo lo contrario: "Quien roba mi bolsa, roba basura", etc. En realidad, en general sucederá que cualquier agravio material debe primero convertirse en términos de este capital espiritual antes de que efectivamente se le saque

partido como un estímulo para la actividad bélica.

Incluso entre gentes con la mirada fija en la mejor oportunidad, como en la sociedad americana, se descubrirá que es cierto –tanto en la prueba como en el repaso de la evidencia histórica– que una ofensa contra el honor nacional impone un resentimiento más profundo y franco que simplemente alguna infracción a los derechos de la persona o la propiedad. Esto ha sido bien demostrado hace poco a propósito de las maniobras de varios contendientes europeos dedicados a doblegar la neutralidad americana para favorecer a un lado u otro. Ambas partes han intentado intimidar y persuadir; pero mientras una parte ha recurrido a la desfachatez y al empleo sumo de amenazas y actos de violencia contra la persona y la propiedad, la otra ha observado sin cejar una actitud deferente hacia la autoestima nacional americana, incluso mientras se hallaba implicada en infracciones persistentes de los derechos comerciales americanos. La primera línea de diplomacia señalada se ha condenado a sí misma al fracaso perdiendo su ventaja estratégica frente al tampoco muy hábil tino de la otra parte. Los estadistas de este poder bélico europeo fueron tan mal aconsejados que se internaron en una conducta de intimidación tentativamente acumulativa –mediante amenazas y crímenes experimentalmente escalonados contra la

propiedad y las personas de los ciudadanos americanos con miras a coaccionar la codicia americana— evitando no obstante llevar estas maniobras de terrorismo al extremo de despertar un sentido de ultraje inmanejable. El experimento sirvió para mostrar que el punto de ruptura de la indignación popular se alcanzará mucho antes de que el terrorismo haya avanzado lo suficiente como para hacerse una seria pregunta de prudencia pecuniaria.

Este honor nacional, que se califica pues como una exigencia de la vida, es una substancia inmaterial de un labrado peculiarmente fino, siendo no solo físicamente intangible sino que tampoco es apta siquiera para un balance adecuado en términos pecuniarios —como sería el caso de los activos inmateriales ordinarios—. Es cierto que, allí donde el punto de agravio del que emerge una cuestión de honor nacional es una discrepancia pecuniaria, el honor nacional no puede satisfacerse sin una rendición de cuentas pecuniaria; pero no se necesita argumento alguno para convencer a cualquier persona razonable de que, incluso en dicha coyuntura, el honor nacional que ha sido puesto en peligro es indefinidamente e indefiniblemente más que lo que se hace aparecer en la hoja de un contable. Se trata de un activo altamente valorado, o por lo menos de una posesión valiosa, pero es metafísica, no física, su naturaleza, y no se sabe que sirva a fin material alguno o a ningún otro

fin útil, aparte de facilitar un motivo de ofensa que permite hacer una reclamación factible como consecuencia de su infracción.

Este honor nacional está expuesto a la injuria de varios modos, pudiendo así consentir el agravio fructífero incluso dejando a un lado las ofensas contra la persona o la propiedad de los hombres de negocios de la nación; así, por ejemplo, por el desdén o indiferencia hacia los puntillismos convencionales que gobiernan la relación diplomática, o por el discurso irrespetuoso o contumaz hacia la Bandera o hacia las personas de dignatarios nacionales, en particular de aquellos que solo tienen una función decorativa, o hacia los atuendos que portan dichos dignatarios o, de nuevo, por dejar de observar el ritual prescrito para hacer gala al honor nacional en ocasiones instituidas. Cuando ha sido puntualmente violado, el honor nacional puede ser puntualmente restituido otra vez gracias a medios también inmateriales: por ejemplo, por la recitación de una fórmula apropiada de palabras, por la consumición ceremonial de una cantidad establecida de munición a modo de saludo, por el “tremolar” de una insignia, y similares –procedimiento que, por supuesto, puede no tener más que una eficacia mágica-. El honor nacional, en breve, obra en el dominio de la magia y linda con las fronteras de la religión.

Se advertirá que, a lo largo de esta gama de funciones que incumben a la defensa nacional, las ofensas o discrepancias contra las que se debe tener cautela o corregir mediante el recurso a las armas tienen en buena parte un carácter ceremonial. Sin importar cuáles sean los incidentes materiales que rodean un motivo de queja concreto que se presenta para evaluación y reparación, al traer el caso a la arena para el juicio por combate lo que se pone en juego y constituye el motivo decisivo de la acción es el valor espiritual de la ofensa, particularmente en la medida en que se apela a las sensibilidades del hombre del común, quien tendrá que sobrellevar el costo de la aventura. Y en tal caso suele ocurrir que el hombre del común es incapaz, sin ser aconsejado, de ver que un acto hostil particular encarna una infracción sacrílega al honor nacional. Él, en una coyuntura semejante, con dificultad llegará al punto de la indignación moral necesaria para sacar a flote una represalia bélica, hasta que los expertos guardianes del Código vengán a exponer y a certificar la naturaleza de la transgresión. Pero una vez la lesión al honor nacional ha sido determinada, evaluada y debidamente expuesta por aquellas personas cuyo lugar en la economía nacional es el de prestar atención a este tipo de cosas, el hombre del común de ninguna manera se quedará a la zaga del resentimiento por el mal

El patriotismo, la guerra y la paz

trato del que él también, a fuerza de interpretación, ha sido una víctima.

Sobre la naturaleza y usos del patriotismo

El patriotismo puede definirse como un sentido de solidaridad partidaria con respecto al prestigio. Aquello que los sicólogos expertos, y tal vez los expertos en Ciencias Políticas, pueden verse en la necesidad de decir sobre esta facultad humana en el curso de un análisis y definición exhaustivos, sería presumiblemente algo más preciso y más extenso. No se tiene aquí la inclinación a anticipar la definición, sino tan solo a identificar y describir el concepto que vagamente subyace al uso coloquial de este término en la medida en que parece oportuno en una indagación sobre el papel que ha jugado el espíritu patriótico en la vida de las poblaciones modernas, particularmente en lo referente a asuntos de la guerra y la paz.

Al intentar despojar a este concepto de cualquier elemento extraño o adventicio se observará que el significado aludido de un interés común indivisible en un cuerpo colectivo

de prestigio siempre permanecerá como un mínimo irreductible. Es éste el núcleo sustancial alrededor del cual se apiñan numerosos y diversos intereses subsidiarios, pero sin el cual estos otros intereses y aspiraciones aglutinados no constituirán, solidaria o individualmente, el paladio conductor del espíritu patriótico.

Es cierto que, vistos bajo otra luz o evaluados a partir de otra situación o vínculo cualquiera, cada uno de estos otros intereses, ideales, aspiraciones, bienaventuranzas, pueden con razón ser juzgados como más nobles, más sabios, posiblemente más apremiantes que el prestigio nacional; pero en el foro del patriotismo todos estos distintos menesteres de la vida humana –la gloria de Dios y el bien del hombre– ascienden en comparación tan solo al rango de secundarios, auxiliares, suplementarios. Es un patriota indiferente aquél que deja que la “vida, la libertad y la prosecución de la felicidad” nublen el asunto y se interpongan en la cuestión principal entre manos.

Nos han dicho que hubo una vez incontables espíritus resistentes y emprendedores agrupados a lo largo del *Spanish Main*¹³ tras fines semejantes,

¹³ [Conocido también como Mar Caribe, estaba conformado por el tramo de las costas de las Américas que fue controlado por España en el siglo XI hasta el XVIII. Se extendía a lo largo de la costa norte de Sur América a través de América Central por el Caribe hasta la parte baja de Norteamérica. Esta región se

cualquiera o todos ellos podrían desaparecer de la escena sin menoscabo del simple llamado al deber patriótico. En última instancia, cuando el espíritu patriótico se repliega hacia su solo yo desnudo, no es la reflexión sobre los méritos de estas cosas buenas y bellas de la Naturaleza la que lo estimula y obliga al sacrificio supremo. Se trata por tanto de algo infinitamente más fútil e infinitamente más apremiante –con la única condición de que el hombre esté imbuido de la ajustada porción de devoción patriótica; como, de hecho, los hombres suelen estarlo–. No son la fe, la esperanza o la caridad las que moran como virtud mínima e irreductible en los designios del patriota; especialmente no esa caridad de la que alguna vez se habló con elogio como la más grande de ellas. Puede ser que, a la luz de la razón, como diría el Doctor Katzenberger¹⁵, la devoción patriótica sea la cosa más fútil en el mundo; pero, para bien o para mal, la luz de la razón no interviene para nada en el asunto: no más que “Las flores que brotan en la primavera”.

El espíritu patriótico es un espíritu de emulación, evidentemente, al mismo tiempo que

¹⁵ [Posiblemente se refiere al protagonista de la novela satírica “El viaje del Doctor Katzenberger al balneario” (*Dr. Katzenberger's Badereise*), del escritor romántico alemán Jean Paul (1763-1825). Publicada en 1809, la novela relata la estancia en el balneario de este sabihondo personaje quien, acompañado por su hija, sufre allí una serie de incidentes absurdos. N.T.]

es una emulación traspasada por un sentido de solidaridad. Él cabe bajo el encabezamiento general de la deportividad más que bajo el de la laboriosidad. Ahora bien, cualquier actividad deportiva se empeña en el éxito envidioso, cuyo propósito mayor debe entrañar la derrota y humillación de algún competidor, además de cualquier otra cosa que se comprenda en su mira. Tiene como finalidad un beneficio diferencial, como contra un rival; y el espíritu de emulación que se encuentra bajo el encabezamiento de patriotismo por lo común, si no invariablemente, busca esta ventaja diferencial mediante el daño al rival más que gracias al incremento del bienestar doméstico.

En efecto, el bienestar queda por completo fuera de la mira, excepto como un puntal del edificio del prestigio nacional. Resulta por lo menos una generalización segura decir que no se ha sabido nunca que el sentimiento patriótico se eleve hasta el extremo magistral de abandono entusiástico salvo cuando se empeña en alguna tarea de concertada malevolencia. El patriotismo tiene un carácter contencioso, y no halla su expresión plena en otro escape distinto a la actividad bélica; su llamado más exaltado y definitivo es a la muerte, al daño, la zozobra y la destrucción del oponente.

No es que el espíritu del patriotismo no tolerará ningún otro sentimiento que incumba a asuntos de interés público, sino tan solo que no

consentirá que ninguno se interponga en el llamado del prestigio nacional. Como otros hombres, el patriota puede ser estimulado por muchas otras consideraciones diversas, aparte de la del prestigio nacional; y estas otras consideraciones pueden ser del tipo más cordial y razonable, o pueden también ser tan disparatadas y malévolas como cualquiera de las que abarca el campo de las debilidades humanas. Él puede ser un filántropo entregado a los más bondadosos cuidados del bien común, o un devoto religioso cuyo actuar se halla orientado por el siempre presente temor de Dios, o estar ocupado en investigaciones artísticas, eruditas o científicas; o, de nuevo, puede ser un devoto derrochador de libertinaje profano, ya sea en los arrabales o en niveles más altos de sociabilidad, o puede estar comprometido en la búsqueda rapaz de la ganancia –como un hombre de negocios dentro de la ley o como un criminal que no goza de su favor–, o puede dedicar sus mejores empeños en el ascenso de los intereses de su clase a expensas de la nación en su conjunto. Todo eso se entiende como un asunto de oficio y no viene al caso. En la medida en que sea un patriota íntegro, cuando el claro llamado al deber patriótico llegue a alistarle en la causa del prestigio nacional, estos otros intereses se desvanecerán. Sin duda, no hay nada que dificulte a un mal ciudadano ser un buen patriota; tampoco se desprende que un buen

ciudadano –en otros aspectos– no pueda ser un patriota muy indiferente.

Muchas otras preferencias y consideraciones varias pueden coincidir con los impulsos del espíritu patriótico y, por lo tanto, pueden llegar a soldarse y a fortalecer su fuerza motriz; y es habitual que los hombres patrióticos busquen respaldar sus impulsos patrióticos en algún propósito sensato de este tipo extrínseco al que supone podrá servir de seguir el llamado del prestigio nacional: este puede ser un presunto ascenso y difusión de la cultura en general, o la propagación y realce de una presuntivamente estimable fe religiosa, o una prospectiva liberación de la humanidad de la servidumbre de amos detestables e instituciones caducas; o, de nuevo, puede ser el incremento de la paz y del bienestar material entre los hombres dentro de las fronteras nacionales o, de modo equitativo, en todo el mundo civilizado. No hay en esencia cosa deseable alguna en esta tierra en la que algún importante conjunto de patriotas no confíe alcanzar gracias al éxito en sus propias y particulares aspiraciones patrióticas. Lo que ellos no llegarán a entender es el particular ascendiente nacional al que se cree que está ceñido el logro de estos fines admirables.

Los ideales, necesidades y fines que son recogidos en el argumento patriótico para darle un tinte de racionalidad a la aspiración patriótica en algún caso dado serán, por supuesto, aquellos

ideales, necesidades y fines que son corrientemente aceptados y sentidos como auténticos y auto-legitimadores entre las personas ante cuyos ojos debe encontrar su favor el proyecto patriótico en cuestión. Así uno advierte que, por ejemplo, entre los seguidores del Islam, devotos y resueltos, el estadista patriótico (es decir, el político que piensa sacar provecho del fervor popular patriótico) apelará en última instancia a los reclamos e interdictos de la fe. Así mismo, el estadista prusiano comprometido en el proyecto dinástico exhortará en nombre de la dinastía y de la cultura y la eficiencia; o, si lo malo pasase a peor, un estallido será recubierto decentemente con el pretexto del peligro mortal y la defensa propia. Entre gentes de habla inglesa se logrará mucho mostrando que la senda de la gloria patriótica es a la vez el camino de la justicia imparcial bajo el gobierno de instituciones libres; al mismo tiempo, en sociedades plenamente comercializadas, como en general son las de habla inglesa, los beneficios materiales en materia de comercio irán lejos para bosquejar un plano de decencia a cualquier empresa que busque el realce del prestigio nacional.

Pero una promesa de lucro, ya sea en los activos materiales o inmateriales de la nación, no impulsará por sí misma la convicción plena del ciudadano moderno corriente; ni aún entre aquellos ciudadanos modernos que están mejor

equipados con un espíritu nacional. En general –y pasando por alto aquel apreciable contingente de ciudadanos moralmente defectuosos con el que cuenta toda población híbrida–, será cierto que ningún proyecto previsto o directriz política se encomendará por completo al sentido popular de mérito y conveniencia hasta que se le dé un vuelco moral para así reconciliarlo con los dictados del proceder correcto y honesto. Ningún mandato que carezca de esta voluntad se suelda realmente con la aspiración patriótica. Para imprimir el efecto práctico más pleno al fervor patriótico que anima a toda nación moderna, y aprovecharlo así del modo más efectivo, es necesario demostrar que las demandas de equidad están contempladas en la causa. Cualquier estudio superficial de los acontecimientos históricos modernos relativos a este punto, entre las gentes civilizadas, pondrá de manifiesto el hecho de que ninguna acción concertada y sustentada en el espíritu nacional puede tomarse antes de alistar las convicciones morales de la sociedad. El hombre del común debe estar convencido de que la justicia está de su lado. “Tres veces armado está aquél que sabe que su querrela es justa”¹⁶. Los fundamentos de

¹⁶ [“Thrice is he armed who knows his quarrel just”. Veblen cita aquí un verso del drama histórico *Enrique VI* (segunda parte, acto 3, escena 2), de William Shakespeare, en el que el rey lamenta la muerte de su

esta convicción pueden ser a menudo bastante ordinarios, pero la convicción es un factor necesario.

La sanción moral requerida puede conquistarse apelando a diversos motivos y, en general, no es un asunto extremadamente difícil de convenir. En el más sencillo, y no infrecuente caso, puede depender de una cuestión de equidad con respecto al comercio o a la inversión entre los ciudadanos o súbditos de varias naciones rivales; la "Puerta Abierta" china brinda el ejemplo más sórdido que pueda desearse. O puede ser solamente una exigencia envidiosa por una cuota de los recursos materiales del mundo —"Un Lugar en el Sol", como lo describe una frase pintoresca¹⁷, o "La Libertad de los Mares", como lo expresa otra también vaga e igualmente envidiosa exigencia de equidad internacional—. Estas peticiones se adelantan con el pretexto de exigir una oportunidad equitativa para el

confidente, el Duque de Gloucester, a manos de varios de sus cortesanos. N.T.]

¹⁷ [Esta expresión fue usada por el ministro de asuntos extranjeros alemán Bernhard von Bülow en 1897 ante el parlamento para anunciar un cambio drástico en la política exterior para hacerla más agresiva. Posteriormente sería empleada recurrentemente como justificación de la política imperialista alemana, una política que agravaría las tensiones entre los países que buscaban expandir sus colonias y que llevarían a la Primera Guerra Mundial. N.T.]

pacífico ciudadano corriente; pero es bastante evidente que ellas no tienen más que una repercusión caprichosa sobre los bienes del hombre del común en tiempos de paz, y para la nación tienen significado solo como una unidad de combate; aparte de su valor de prestigio, vale la pena luchar por estas cosas solo como medios anticipados de combate. La misma exhortación a las sensibilidades morales puede hacerse, de nuevo, al estilo de un llamado a la defensa propia, según la regla del “vive y deja vivir”; o puede también descansar en la más sutil obligación de salvaguardar la integridad nacional de un vecino más débil, a la luz de una interpretación más generosa de la misma regla equitativa del “vive y deja vivir”. Pero, de un modo u otro, es necesario sentar la convicción de que los impulsos de la ambición patriótica tienen la sanción de la necesidad moral.

No es que la directriz de una política nacional o el proyecto patriótico que se adelanten con el apoyo del sentimiento popular deban ser justos y equitativos a la luz de una perspectiva desapasionada y neutral, sino solo que deben ser capaces de ser concebidos para que parezcan justos y equitativos ante el populacho prejuiciado cuyas convicciones morales son una condición para su prosecución; lo que es por completo otro asunto. Tampoco se trata de que dicho proyecto patriótico, de hecho, se emprenda simple o principalmente por estos motivos morales que

tan alegados son en su justificación, sino únicamente que dicho motivo plausible de la justificación, o de la atenuación, exige ser alegado y ser admitido por la creencia popular.

No es que el hombre del común no sea lo suficientemente patriótico, sino solo que él es un patriota cohibido por un celoso e incómodo sentido del trato correcto y honesto, y que uno debe contemplar en sus propios cálculos este sesgo moral al perseguir alguna acción sustentada y concertada que se valga del sentimiento del hombre del común para ejecutarla. Pero el sentido moral del asunto puede satisfacerse un tanto fácilmente con un mínimo de justicia, en caso de que el sesgo patriótico de las personas sea muy pronunciado, o en caso de que sea reforzado con un hábil llamado al interés propio. En situaciones en las que el fervor nacional se eleva hasta un tono emocionado, incluso consideraciones de derecho y justicia muy atenuadas –y que en condiciones normales dudosamente soportarían el escrutinio como circunstancias atenuantes–, pueden llegar a servir como una autenticación moral para cualquier acción extravagante a la que el ansia de prestigio nacional puede incitar. Cuanto más elevado sea el tono del fervor patriótico, más tenue y gastada puede ser la exigencia de sanción moral. Gracias a la emoción acumulada, últimamente se han logrado algunos muy notables resultados en este sentido.

El patriotismo es evidentemente un espíritu de particularismo, de ajenidad y de animosidad entre grupos opuestos de personas; se nutre de la comparación envidiosa, y se realiza en el obstáculo mutuo y la envidia entre naciones. Por lo común llega hasta el extremo de entorpecer las relaciones y obstaculizar el comercio que a todas luces serían convenientes para el bienestar material y cultural de ambas nacionalidades; y con no poca frecuencia, normalmente por cierto, ello resulta en un daño competitivo para ambas.

Todo esto es cierto en el mundo de la civilización moderna, a la vez que el sistema moderno de vida civilizada tiene, notoriamente, un carácter cosmopolita, tanto en sus necesidades culturales como en su estructura económica. La cultura moderna se dibuja a una escala tan grande, tiene un carácter tan complejo y multiforme, requiere de la cooperación de tantísimas y diversas líneas de indagación, experiencia y comprensión, como para admitir quedar confinada en el interior de las fronteras nacionales, salvo al costo de una parálisis y un retraso insufribles. La ciencia y el saber, orgullo peculiar de la cristiandad civilizada, no es solo internacional, sino que es más bien homogéneamente cosmopolita; así que a este respecto no hay, de hecho, fronteras nacionales; con la excepción, por supuesto, de que en una época de intoxicación patriótica, como la que ha

inducido a la guerra actual, incluso los académicos y los científicos estarán temporalmente trastornados por su fervor patriótico. Sin duda, con los mejores esfuerzos del obscurantismo y de la envidia nacional en contra, sigue siendo patentemente cierto que la cultura moderna es la cultura de la cristiandad en general, no la cultura de una u otra nación como una posesión privativa dentro de los confines de la cristiandad. Es solo en tanto y en cuanto compartan y contribuyan al curso general de la civilización occidental en general que el pueblo de cualquiera de las naciones de la cristiandad puede reclamar la reputación de ser una nación culta; e incluso una variación distintiva de dicho curso general de vida civilizada, que puede imprimir un “color local” a ideas, gustos y convenciones, tendrá que ser calificada, en el punto de su valor cultural, como un pormenor irrelevante, una especie de juego inútil, que no sirve a un propósito mejor que a un extrañamiento transitorio.

Así también, el moderno estado de las artes industriales tiene el mismo carácter cosmopolita, en cuanto a escala, especialización y al empleo necesario de recursos diversos, de clima y materias primas. Ninguno de los países de Europa, por ejemplo, es competente para mantener su industria con métodos tecnológicos modernos sin utilizar constantemente recursos de fuera de sus fronteras nacionales. El

aislamiento en este aspecto industrial, la exclusión del mercado mundial, significaría una intolerable merma de eficiencia, más pronunciada cuanto más de lleno haya hecho suyo el país en cuestión este estado moderno de las artes industriales. La exclusión respecto de la masa general de recursos periféricos lisiaría seriamente a uno o a todos ellos y los privaría de hecho del usufructo de esta tecnología; y la exclusión parcial, mediante aranceles prohibitivos, proteccionistas o similares, inevitablemente resultaría en la disminución parcial de la eficiencia de cada uno, y por lo tanto en la reducción del bienestar actual de todos ellos en su conjunto.

En este sistema cultural y tecnológico del mundo moderno el espíritu patriótico se amolda como polvo en los ojos y arena en los cojinetes. Su contribución neta al resultado es el obscurantismo, la desconfianza y el retraso en cualquier punto en donde toque los destinos de la humanidad moderna. Sin embargo, ese espíritu se halla siempre presente en los consejos de los estadistas y en los afectos del hombre del común, y nunca deja de gobernar la estima de todos los hombres como el atributo primordial de la virilidad y la prueba definitiva del ciudadano codiciado. Apenas es una exageración decir que no se permite alguna otra consideración cuando se moderan los clamores de la lealtad patriótica, y que se permitirá que

dicha lealtad encubra una multitud de pecados. Cuando el viejo filósofo describía al Hombre como un “animal político”, era esto, en efecto, lo que afirmaba; y hoy la antigua máxima es tan exacta como si fuera nueva. El espíritu patriótico se halla en pugna con la vida moderna, aunque en cualquier prueba piloto se observa que los clamores de vida ceden ante los del patriotismo; y cualquier voz que disienta de este orden de cosas es como una voz que grita en la espesura.

A quien se sienta predispuesto a moralizar sobre las singulares inconsistencias de la vida humana, este estado del caso le será fructífero para una meditación muy profunda. El espíritu patriótico parece ser un rasgo constante de la naturaleza humana, una herencia remota que ha sobrevivido sin menoscabo desde tiempos inmemoriales, bajo la regla de Mendel de la estabilidad de los tipos raciales¹⁸. Pues él es arcaico, renuente a su eliminación o a su supresión duradera, y al parecer no es susceptible de ser mitigado apreciablemente por

¹⁸ [Gregor Mendel (1822-1884) estableció experimentalmente las que se conocen como “leyes de Mendel”, que rigen la transmisión genética. Aunque ha sido discutida posteriormente, la primera ley, o “principio de la uniformidad”, señala que cuando se cruzan dos individuos de raza pura, los híbridos resultantes son todos iguales. N.T.]

la reflexión, la educación, la experiencia o la crianza selectiva.

A lo largo del período histórico, y presumiblemente a través de una incalculable etapa del pasado de la que no se tienen noticias, el homicidio patriótico ha eliminado sin cesar, de cada generación de hombres, a los más patrióticos de ellos; con el resultado neto de que hoy el nivel del ardor patriótico no parece ser menor de lo que alguna vez fue. Al mismo tiempo, con el avance de la población, de la cultura y de las artes industriales, el patriotismo se ha vuelto cada vez más perjudicial; y según todas las apariencias es tan ubicuo y poderoso como nunca, y se le tiene en alta estima.

La continua prevalencia de este espíritu arcaico entre las poblaciones modernas, así como el hecho de que universalmente se sitúa en la cima de las virtudes, deben ser admitidos para argumentar que él es, en sus elementos, un rasgo hereditario, de la naturaleza de una propensión impulsiva innata, más que un producto del hábito. No es, en esencia, algo que pueda aprenderse y desaprenderse. De una generación a la siguiente, la lealtad puede mudar de una nacionalidad a la otra, pero permanece el hecho de una lealtad irreflexiva en general. Y todo ello también indica que ningún cambio perceptible ha tenido lugar en la dotación hereditaria de la especie, por lo menos en este aspecto, durante el período conocido por medio de los registros o de

la inferencia sólida –digamos desde el Neolítico temprano en Europa–; y esto a pesar de que durante todo este tiempo ha existido la oportunidad de cambios radicales en la población europea gracias a la hibridación, a la infiltración y al desplazamiento de los distintos troncos raciales que han compuesto esta población. De ahí que una ligera consideración de la inferencia haya sugerido, ganando aceptación, que este rasgo de la naturaleza humana presumiblemente ha sido provechoso para los habitantes de épocas más tempranas, en aquellos estadios del salvajismo o del barbarismo inferior en los que los troncos ancestrales de la población europea se garantizaron por primera vez su supervivencia y demostraron su aptitud para poblar aquella cuarta parte de la tierra. Este es, de hecho, el punto de vista corriente; tan corriente como para pasar por una cosa de cajón y por lo tanto escapar usualmente al escrutinio.

No obstante, ello no tiene porqué ser así, como lo revelará una reflexión más paciente. Todos los habitantes de Europa manifiestan en buena medida un espíritu semejante al respecto: no importa cuál haya sido su historia pasada y cuál la diferencia que en la experiencia pasada pudiera creerse que ha moldeado su temperamento. Cualquier diferencia en el grado de inclinación a la infatuación y la animosidad patriótica, entre varias nacionalidades o varias localidades, de ningún modo es amplia, aún en

los casos en que se sostiene que la composición racial de la población es muy diferente, como, por ejemplo, entre los pueblos del litoral Báltico y los del Mediterráneo. En realidad, en esta cuestión del espíritu patriótico parece existir una diferencia más amplia, temperamentalmente, entre los individuos en el interior de cada una de estas comunidades que entre el común de las gentes en una comunidad y el común de las gentes correspondiente en alguna otra. Pero incluso dicha divergencia en el temperamento individual respecto al patriotismo con el que tarde o temprano se ha de topar es, después de todo, sorprendentemente pequeña en vista del alcance para la variación individual que parecería ofrecer dicha población europea.

Estos pueblos de Europa, todos y cada uno, son híbridos compuestos del mismo tipo de elementos raciales, pero mezclados en proporciones diversas. En cualquier paralelo de latitud –asumido en el sentido climático más que en el geométrico– la composición racial de la población de Europa occidental será muy parecida, en la práctica virtualmente idéntica, aunque siempre de una complexión híbrida; mientras que en cualquier paralelo de longitud –también en el sentido climático– la composición racial variará gradualmente, aunque siempre dentro de los límites del mismo esquema general de hibridación –siendo esa variación

proporcional a la presencia de varios elementos raciales en cualquier caso dado-. Pero de ninguna manera coincide una diferencia notable en la composición racial con una frontera lingüística o nacional. Sin embargo, en lo que atañe al espíritu patriótico, dichos pueblos europeos son tan competentes unos y otros, no importa si la comparación se establece en los paralelos de latitud o de longitud. Y los habitantes de cada territorio nacional, o de cada localidad particular, parecen también orientarse de modo sorprendentemente uniforme en lo que a su espíritu patriótico se refiere.

Superficialmente parecerá que la herencia en una comunidad de híbridos discurre un tanto al azar. Por supuesto no habrá, en cuanto a la herencia, ninguna diferencia atribuible entre clases sociales o económicas -como es evidentemente el caso en la cristiandad-. Pero la variación -en una descripción aparentemente fortuita- será grande y ubicua entre los individuos de dicha población. En efecto, es cuestión de rutina y de fácil verificación el que la variación individual dentro de un tronco híbrido exceda en mucho las diferencias extremas que pudiesen subsistir entre los distintos tipos raciales que han producido el tronco híbrido. Tal es el caso de los pueblos europeos. Los habitantes varían mucho entre sí, tanto en sus rasgos físicos como mentales, como sería de esperar; y la variación entre individuos, en lo relativo al

espíritu patriótico, debería por consiguiente suponerse que fuera supremamente amplia –en efecto, debería en buena medida exceder las diferencias, si alguna, en este aspecto entre los distintos componentes raciales implicados en la población europea–. Parece haber, entre individuos, alguna diferencia apreciable en este sentido; pero la divergencia individual respecto de lo normal o promedio parece ser siempre de tipo esporádico –no corre a lo largo de líneas de clase, ya sean de ocupación, estatus o propiedad–, tampoco transcurre consistentemente del todo de padre a hijo. Cuando todo se ha dicho el argumento regresa al piso firme de que, con respecto al espíritu patriótico, estas variaciones son esporádicas y sin consecuencias y no afectan a la proposición general de que, unos y otros, los habitantes de Europa y de las Colonias Europeas, son sobradamente patrióticos y que la dotación promedio en este aspecto fluye con una uniformidad consistente a través de todas las diferencias de tiempo, lugar y circunstancia. Sería por tanto supremamente arriesgado afirmar que existe una diferencia sensible en el tono ordinario del sentimiento patriótico entre alguna de dos muestras muy diversas de dichas poblaciones híbridas, a pesar del hecho de que la diversidad de rasgos físicos visibles pueda ser muy pronunciada.

En resumen, parece seguro concluir que, en general, los diversos troncos raciales que han servido para forjar las poblaciones existentes de la cristiandad están todos dotados tan profusamente unos como otros. El patriotismo parece ser un rasgo ubicuo, por lo menos entre las razas y pueblos de la cristiandad. De lo que debería seguirse que, ya que no existe, y desde el principio no ha existido, ventaja diferencial alguna que favorezca a un tronco racial o a un tipo de híbrido frente a otro en esta materia del espíritu patriótico, tampoco debería existir cimiento alguno para la supervivencia selectiva o la eliminación selectiva por esta razón entre estas razas y pueblos distintos. Así que la prevalencia sin perturbación ni menoscabo de este rasgo entre la población europea, tarde o temprano, nada prueba en cuanto a su utilidad neta o a su daño bajo cualquiera de las condiciones variables de la cultura y la tecnología a las que han estado sometidos dichos europeos, del primero al último; excepto que, en cualquier caso, no ha probado ser tan perjudicial, bajo las condiciones predominantes hasta ahora, como para resultar en su extinción mutua¹⁹.

¹⁹ Para una discusión más extensa de este asunto, cf. *Imperial Germany and the Industrial Revolution* [La Alemania Imperial y la Revolución Industrial], The MacMillan Company, New York, 1915, cap. i. y Notas Suplementarias i. y ii.

Del estado de ánimo patriótico se ha hablado arriba como si fuese un rasgo hereditario, algo por el estilo de una unidad de carácter mendeliana. Sin duda esa no es una explicación competente del asunto; pero dicho argumento apenas necesita un análisis más profundo. No obstante, como una medida a título reservado y para evitar molestias, debe advertirse que este espíritu patriótico es de la naturaleza de un “estado de ánimo” más que una unidad de carácter en Mendel; y que él, por lo tanto, entraña una concatenación de varias propensiones impulsivas (presumiblemente hereditarias); y que ambos, la concatenación, por un lado, y el modo especial y la amplitud de la respuesta, por el otro, son un producto del hábito, en gran medida de la naturaleza de los usos y las costumbres convencionalizados. Lo que se ha señalado antes, por lo tanto, no va más allá de decir que las aptitudes subyacentes necesarias al estado de ánimo patriótico son heredables, y que los usos y costumbres relacionados con este punto fluyen con una uniformidad suficiente como para producir un resultado aceptablemente uniforme. Puede agregarse que en dicha concatenación parece estar comprendido, normalmente, ese apego sentimental al hábitat y a la costumbre que es llamado amor de hogar o, en su expresión acentuada, añoranza; asimismo una auto-complacencia envidiosa que, aparejada con una

inclinación gregaria, otorga a la comparación envidiosa un contenido grupal; y, además, usualmente, si no invariablemente, una propensión a la abnegación, a la autohumillación, a la sumisión, o como sea mejor llamarla, que inclina a su portador a aceptar y servir irracional e incondicionalmente a un ideal prescriptivo dado por la costumbre o por la autoridad consuetudinaria.

La conclusión por lo tanto se encaminaría provisionalmente en el sentido de que bajo las condiciones modernas el espíritu patriótico es un rasgo completamente perjudicial en la dotación espiritual de estas personas –en la medida en que atañe a las condiciones materiales de vida, de modo inequívoco; y con respecto a los intereses culturales más generales, presuntamente–; sin embargo, tampoco se tiene una base segura para una opinión precisa en lo que concierne a su posible utilidad o daño en algún período remoto del pasado. Por supuesto, siempre hay lugar para la estimación prudente de que, como la posesión de este rasgo espiritual hasta ahora no ha resultado en la extinción de la especie, puede entonces también en el futuro calculable continuar trayendo resultados no más penosos que algún grado de daño, sin siquiera detener o retardar considerablemente el aumento de la población.

Todo esto, por supuesto, aspira a aplicarse solo hasta ahí. No debe tomarse como el intento de decir ni la más mínima palabra en detrimento de aquellas altas cualidades que inspiran al ciudadano patriótico. En su incidencia económica, biológica y cultural, el patriotismo parece ser un rasgo adverso de la naturaleza humana; con lo cual, es claro, no se tiene nada que anotar en cuanto a su excelencia moral, su valor estético o su indispensabilidad para una vida digna. Sin duda, es por todos estos aspectos que cosecha de todos la estima y el encomio que le tocan. En efecto, su afamado valor moral y estético, así como la reprobación que acompaña cada falta en este sentido, significan tan solo, para los propósitos del presente argumento, que el espíritu patriótico encuentra la aprobación incondicional de los hombres porque todos y cada uno de ellos están contagiados por éste. Lo que es evidencia de la presencia ubicua, íntima e inextirpable de esta cualidad en la naturaleza humana; tanto más cuanto sigue gozando sin cesar de la más alta estima, a pesar de que una reflexión mínima haría patente su daño al más mediano entendimiento. No puede reclamarse un elogio más elevado de excelencia moral, o una prueba de lealtad más profunda, que este actual encomio sin reservas de una virtud que invariablemente produce daño y contrariedad. El impulso virtuoso debe estar profundamente arraigado y ser irrenunciable como para que, sin

continencia, conduzca a los hombres a hacer un bien del que puede provenir un mal. “Aunque él me matare, en él esperaré”²⁰.

A la luz –y es una tenue y vacilante luz– de la evidencia arqueológica, apoyada con evidencia circunstancial de aquellos ejemplos paralelos o análogos que deparan las comunidades existentes en un nivel comparable de cultura, se puede probar suerte con relativa seguridad en la reconstrucción del modo de vida entre los primeros europeos, de los tiempos del neolítico temprano y posteriores²¹. Y así puede uno formarse alguna concepción del papel que jugó este espíritu patriótico en aquellos comienzos, cuando, si no la especie, por lo menos sus instituciones eran jóvenes; y cuando el temperamento natural de estos habitantes fue puesto a prueba y hallado apto para sobrevivir a lo largo de las edades de piedra y bronce, multiseculares y de lento transcurrir. En este sentido, parece seguro asumir que desde los tiempos del neolítico temprano ningún cambio perceptible ha tenido efecto en la constitución

²⁰ [Oración que se encuentra en Job 13:15; aquí tomamos la versión de la Biblia Reina Valera (1960), que reza así: “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré/ No obstante, defenderé delante de él mis caminos.” N.T.]

²¹ Cf. *Imperial Germany and the Industrial Revolution*, op. cit.

racial de los pueblos europeos; y, por lo tanto, ningún cambio apreciable en su constitución espiritual y mental. Así que en lo relativo a los componentes espirituales que van a formar este espíritu patriótico, los europeos de hoy serán sustancialmente idénticos a los europeos de aquellos primeros tiempos. Lo mismo es cierto con respecto a esos otros rasgos de temperamento que aquí se interrogan, en tanto están incluidos entre las características estables que todavía condicionan la vida de estos pueblos bajo las circunstancias modificadas de la edad moderna.

La diferencia entre la Europa prehistórica y la situación presente de estos pueblos se resuelve durante el análisis en una diferencia en el estado de las artes industriales, junto con aquellos cambios institucionales que han sobrevenido en el curso del funcionamiento de dicho avance en las artes industriales. Los hábitos y las exigencias de la vida de estas gentes han cambiado enormemente; mientras que el temperamento y las aptitudes de los habitantes que ahora viven por y bajo la reglas de este estado modificado de las artes industriales son los mismos de antes. Debe notarse, por lo tanto, que el hecho de haber atravesado con éxito las prolongadas edades de la prehistoria mediante el uso de esta dotación mental y espiritual no puede usarse para argumentar que estos pueblos están entonces en condiciones para cumplir con las exigencias de

esta edad tardía seriamente alterada; tampoco podrá asumirse que, dado que estos pueblos han producido por sí solos esta cultura moderna y su tecnología, deben por lo tanto ser todos aptos para usarla y que ella conduzca a su éxito biológico. El solo objeto de enseñanza de la moderna comunidad urbana, con sus interminables exigencias en materia de sanidad, policía, educación obligatoria, organizaciones benéficas –todo esto y muchas otras variantes de la vida moderna–, debería instar a la cautela a quien esté casualmente predispuesto a sostener que, porque los hombres modernos han creado estas condiciones, ellas deben por lo tanto ser las condiciones de vida más adecuadas para la humanidad moderna.

Al principio, es decir en los albores de Europa, los hombres vivían en grupos pequeños y unidos. El control era muy estrecho en el interior del grupo, y la necesidad de subordinar las ganancias y preferencias individuales al bien común era impuesta al grupo por las exigencias del caso, so pena de la extinción colectiva. La condición y usanza de las aldeas esquimales existentes pueden servir para ilustrar y reforzar el argumento en este punto. La solidaridad de sentimiento, imprescindible para nutrir la solidaridad de acción exigida, sería una condición primordial para la supervivencia de cualquier grupo racial expuesto a las condiciones que rodearon a estos primeros europeos. Este

imperioso sentido de solidaridad no concerniría simple o más imperativamente al prestigio compartido del grupo, sino sobre todo a los intereses materiales compartidos; y reforzaría un espíritu de apoyo y dependencia mutuos. Lo que sería favorecido, más que entorpecido, por una celosa actitud de prestigio compartido; siempre y cuando ninguno de los intereses divergentes de los miembros en el interior del grupo estuviese en condiciones de desviar este estado del sentimiento común hacia su propia ventaja particular.

Este estado de cosas habrá durado un tiempo relativamente largo; lo bastante como para probar la aptitud de estos pueblos para ese modo de vida –más largo, sin duda, que el intervalo transcurrido desde que se inició la historia–. Intereses particulares –por ejemplo, intereses personales y familiares– habrían estado presentes y activos en aquellos primeros días; pero en la medida en que el grupo en general era lo suficientemente pequeño como para admitir contactos de estrecha vecindad en toda su extensión y a lo largo de su rutina cotidiana de vida, a la vez que era muy pequeño y débil como para admitir una apreciable disipación de sus energías conjuntas en dicha prosecución de ganancias egoístas contrarias a las actividades primordiales del sustento común, en esa medida el sentido de tener una vida en común y un destino compartido seguiría teniendo

eficazmente bajo control cualquier ambición particular. De haber sucedido de otro modo, la historia del grupo en cuestión hubiese terminado y otro tipo de hombres más adecuadamente dotados habría tomado el lugar abandonado por su extinción.

Con el notable avance en las artes industriales la escala de operaciones crecería más y el grupo sería más numeroso y extenso. El margen entre la producción y la subsistencia también se ensancharía y admitiría una esfera adicional para las ambiciones individuales y las ganancias personales. Y en tanto este proceso de crecimiento y eficiencia productiva acrecentada proseguía, el control ejercido por la vigilancia de la vecindad, a través del sentimiento del bien común contra los empeños egoístas de individuos y subgrupos, gradualmente se relajaría; hasta que por desuso progresivo caería en un cierto grado de contención; que se pondría en ejercicio e incitaría a la acción concertada únicamente frente a exigencias excepcionales relacionadas con el destino común del grupo en general, o bajo la convicción de que el interés colectivo del grupo en general se habría puesto en peligro al agravarse a cada uno de sus miembros desde fuera. El prestigio del grupo cuanto menos se sentiría herido por la derrota o la descortesía sufrida por cualquiera de sus miembros de manos de un extraño; y, bajo la compulsión del arcaico sentido de solidaridad

grupal, cualquier privación material o ganancia material que pudiera corresponder a los miembros individuales en sus tratos con el extranjero pasaría un fácil escrutinio como detrimento o ganancia material para el grupo en general –en la aprehensión de hombres cuyo sentido de interés comunitario está inflamado por una disposición envidiosa a salvaguardar su prestigio conjunto.

Con el continuo adelanto en las artes industriales, las circunstancias que condicionan la vida serán sometidas a un cambio paulatino de un carácter tal que el interés conjunto del grupo en general, en el aspecto material, estará poco a poco menos estrechamente atado a la suerte material de algún miembro o miembros en particular; hasta que con el transcurso del tiempo y del cambio no habrá, en efecto, en tiempos normales, ninguna comunidad de interés material, general e inclusiva, que comprometa a los miembros en un destino común y en procura de una vida en común. A medida que los derechos de propiedad empiezan a entrar en vigor, de modo que la posesión de haberes y la búsqueda del sustento bajo las reglas de propiedad vienen a gobernar las relaciones económicas de los hombres, estas preocupaciones materiales dejarán de ser asunto de un interés común indiviso y tomarán la forma de un interés de posesión privativa. Tan pronto y tan lejos como esta institución de tenencia o

propiedad entra en vigor, los intereses materiales de los hombres dejan de avanzar conforme a la solidaridad de grupo. Únicamente, o casi únicamente, en el caso excepcional de la defensa contra una incursión predatoria del exterior tienen los miembros del grupo un interés común de tipo material. Día a día, a medida que el estado de las artes progresa, la organización industrial avanza hacia una escala más grande y una especialización más amplia, con una divergencia creciente entre los intereses individuales y los destinos individuales; y el intercambio a través de largas distancias crece con mayor facilidad y hace que un agrupamiento mayor sea posible: ello permite una movilización de fuerzas más grande, más rápida y más efectiva con la que defender o hacer valer reclamos conjuntos. Pero mediante el mismo lance se desprende también, o por lo menos parece haberse desprendido de modo uniforme en el caso europeo, que la acumulación de posesiones y los derechos de propiedad han alcanzado gradualmente el primer lugar entre los intereses materiales de estas personas; mientras que algo parecido a una comunidad de usufructo ha pasado imperceptiblemente a un segundo plano y hoy ha caído virtualmente en la inacción, excepto como un eventual recurso *in extremis* para la defensa común. Los derechos de propiedad han relegado a la comunidad de usufructo; y las distinciones envidiosas entre

personas, subgrupos y clases han desplazado a la comunidad de prestigio en la rutina cotidiana de estas gentes; y las distinciones entre personas o clases contrastadas han llegado a descansar, en un grado siempre creciente, directa o indirectamente, en las comparaciones envidiosas con respecto a la reputación pecuniaria más que en la filiación personal con el grupo en general.

Entonces, con el avance de las artes industriales se fija una diferenciación de un nuevo carácter que, en la actualidad, se hace gradualmente más pronunciada y más eficaz, dando lugar a un reagrupamiento sobre líneas que transcurren a pesar de aquellas fronteras que dividen a una comunidad de la otra con fines de emulación patriótica. En cuanto a lo que, sobre todo y típicamente se trata aquí, este reagrupamiento opera según principios de contraste distintos pero un tanto relacionados: aquel de la riqueza y la pobreza, y aquel del amo y el siervo, o el de la autoridad y la obediencia. Los intereses materiales de la población se vienen a dividir entonces entre el grupo de aquellos que poseen y aquellos que gobiernan, por un lado, y el de aquellos que trabajan y aquellos que obedecen, por el otro.

Ninguna de estas dos categorías de contrapuestas de personas tiene algún interés material directo en la preservación de la comunidad patriótica; o en todo caso ningún interés que debiera de modo razonable inducir las

a invertir su propio tiempo y substancia para apoyar la organización política (patriótica) en la que viven. Solo en la medida en que alguno de estos intereses persigue una cuota más que proporcional de las ganancias potenciales de la empresa conjunta, el grupo o clase en cuestión puede razonablemente ser tenido en cuenta para que asuma su parte en la aventura conjunta. Y solo cuando y en la medida en que su interés material particular o a su cuidado sea reforzado por la vanagloria patriótica, puede confiarse en que se prodigue en auxilio de la empresa patriótica, sin la garantía de una cuota más que proporcional de las ganancias que se pudieran esperar de dicha empresa conjunta; y es solo por su orientación patriótica que la comunidad política continúa siendo una aventura conjunta. Esto quiere decir, en términos más generales, que a través del desarrollo de los derechos de propiedad y de reclamos prescriptivos de privilegio y prerrogativa de ese tipo, ha sucedido que otros intereses de la comunidad se han marchitado, hasta que el prestigio colectivo queda como virtualmente el único interés comunitario que puede retener el sentimiento del grupo en un vínculo de solidaridad.

Para uno u otro de estos distintos grupos o clases interesados en el interior de la comunidad, la organización política puede producir un beneficio; pero solo para uno u otro, no para cada uno y para varios, conjunta o colectivamente. Ni

por casualidad el beneficio que deriva la comunidad en general de dicha empresa conjunta igualará al costo compartido: en la medida en que toda empresa conjunta de la misma clase que busca una ventaja material actúa mediante algún método de inhibición y tiene efecto, si es que lo tiene, mermando la eficiencia agregada de los distintos países concernidos con miras a la ganancia diferencial de uno al costo del otro. Así, por ejemplo, un arancel proteccionista es llanamente una conspiración que restringe el comercio con el fin de beneficiar a los conspiradores obstaculizando a sus competidores. El costo en atraso de dicha empresa para la comunidad en general es siempre mayor que las ganancias que aporta a quienes pueden beneficiarse de ella.

Al hablar así de los usos a los que puede dar lugar la devoción patriótica del hombre del común, no existe intención alguna de menospreciar su valor intrínseco como un rasgo cordial y generoso de la naturaleza humana. Sin duda es mejor que se la aprecie sobre todo como una cualidad espiritual que embellece y ennoblece a su portador, y que lo inviste con la estatura plena de la virilidad, con suficiente independencia de consideraciones ulteriores. Así que debe admitirse sin discusión que este espíritu patriótico es un estado de ánimo altamente meritorio, y que tiene un valor estético que difícilmente puede ser sobreestimado en el

más largo arrebató de licencia poética. Pero la cuestión de su utilidad para la sociedad moderna, en cualquiera salvo en este aspecto decorativo, y particularmente su utilidad en razón de las necesidades actuales del hombre del común en dicha sociedad, no es afectada por esta comprobación; este reconocimiento de su generosa naturaleza espiritual tampoco ofrece ayuda alguna para poder responder a la pregunta adicional sobre cómo y con qué efecto este espíritu puede ser aprovechado por quien está en condiciones de hacer uso de las fuerzas que libera.

Entre las naciones cristianas, en conjunto, existe todavía una predilección decidida por aquella antigua y auténtica línea de reputación nacional que procede de la proeza guerrera. Esta reputación por la proeza guerrera es lo que primero viene a la mente de las personas civilizadas cuando se habla de la grandeza nacional. Y entre aquellas que preservan mejor este ideal marcial de valía, es probable que la ambición patriótica converja en el prestigio de su soberano; de modo que ella toma la forma concreta de la lealtad personal a un amo, combinándose o fundiéndose entonces con un hábito mental servil.

Pero la paz cuenta con sus victorias, no menos célebres que las de la guerra, se ha dicho; y la gente pacífica de temperamento patriótico ha aprendido a sacar el mejor partido de su exigua

causa y ha encontrado su propia complacencia en estas victorias de orden pacífico. Puede así afirmarse que en general todas las naciones miran con complacencia a su propia Cultura particular –el complejo organizado de hábitos de pensamiento y de conducta mediante el cual su propia rutina de vida es regulada– por ser de algún modo más meritoria que los correspondientes hábitos de sus vecinos. El caso de la Cultura Alemana últimamente se ha manifestado con suma claridad en este sentido. Pero si bien ninguna otra nación ha sido tan ingenua como para hacer una profesión concertada de fe en el sentido de que su propio estilo de vida particular es absolutamente encomiable y es la única forma de civilización que está en condiciones de sobrevivir, no obstante será apenas una extravagancia sostener que en su recóndito pensamiento estos otros, también, están bendecidos con la misma conciencia de valía única. Una virtud consciente de este tipo constituye un fundamento bueno y suficiente para la inflación patriótica, tan lejos como vaya. No obstante, por lo común ella no va más allá de una actitud defensiva. De vez en cuando, como en los últimos días de la agitación alemana sobre este particular, dichos fenómenos del uso y costumbre nacional pueden llegar a imponer un grado de admiración popular tal que incitará a una campaña agresiva o proselitista.

En todo esto no hay ninguna clase de egoísmo o de codicia. El hombre del común que se presta para el realce agresivo de la Cultura nacional y su prestigio no gana cosa alguna de tipo material con la acentuación del renombre que asciende así a su soberano, a su lenguaje, al arte o la ciencia de sus compatriotas, a su dieta o a su Dios. No hay motivos sórdidos en todo esto. Estos activos espirituales de auto complacencia deben, en efecto, ser apreciados como los cimientos de un patriotismo de altas miras, sin ninguna otra consideración. Estas aspiraciones y entusiasmos tal vez podrían ser estimados como Quijotescos por hombres cuyo horizonte está atado a la mejor oportunidad; no obstante, ellos constituyen la substancia de las cosas esperadas que inflama a aquellas animosidades temerarias que incitan a la admiración universal.

Así también, los hombres encuentran una distinción envidiosa en aquellos asuntos de magnitud física como el área de su país, el número de su población, el tamaño de sus ciudades, el alcance de sus recursos naturales, de su riqueza agregada y su riqueza per cápita, de su marina mercante y su comercio exterior. Como fundamento de la complacencia envidiosa, estos fenómenos de magnitud física y circulación pecuniaria no son mejores ni peores que aquellos bienes inmateriales como la majestad del soberano o las perfecciones del lenguaje. Ellos conciernen al hombre del común solo por la

casualidad del domicilio, y su único nexo con ellos es un interés común imaginario en su magnificencia. A estas cosas él no ha aportado nada de modo sustancial, y de ellas no deriva mérito o ventaja alguna más que una inflación patriótica. Él se siente orgulloso de ellas de un modo envidioso, y no existe ninguna buena razón para que no lo haga; así como tampoco hay razón alguna para que lo haga, aparte del hecho de que el hombre del común está conformado de modo que, misteriosamente, se enorgullece de estas cosas que no le conciernen.

De los distintos grupos o clases de personas dentro de las fronteras políticas y cuyos intereses particulares fluyen sistemáticamente a contra corriente de aquellos de la comunidad en general bajo las condiciones modernas, la clase de los amos, gobernantes, autoridades —o cualquiera sea el término que parezca más adecuado para designar a la categoría de personas cuya ocupación característica es la de dar órdenes y demandar deferencia—, hombres éstos que tienen jerarquías y condiciones distintas, en cuanto al motivo e interés sustancial son los que claramente están en mayor desacuerdo con todos los demás, o con los destinos del hombre del común. La clase incluirá a las autoridades civiles y militares y a cualquier nobleza existente de tipo prescriptivo y privilegiado. El interés sustancial de estas clases en el bienestar común es del

mismo estilo del interés que tiene un parásito en el bienestar de su anfitrión; un interés suficientemente sustancial, sin duda, pero en esta relación no existe nada parecido a una comunidad de interés. Cualquier beneficio para la comunidad en general servirá materialmente a las necesidades de este grupo de personajes solo en la medida en que puede permitirles un volumen más grande o un alcance más amplio para lo que en términos coloquiales últimamente ha sido llamado "soborno". No debe hablarse de estos personajes, por supuesto, con falta de respeto o con la más leve inflexión de descortesía. Todos ellos son hombres honorables. Ciertamente ofrecen el patrón convencional de dignidad humana y logro meritorio, y la "Fuente del Honor"²² se encuentra entre ellos. El punto del argumento es solo que sus intereses materiales u otros intereses a su cuidado son de tal naturaleza que pueden ser promovidos por la riqueza material de la comunidad, y en particular por el engrosado volumen del cuerpo político; pero solamente con la salvedad de que esta riqueza material y esta acentuación del poder deben acrecentarse sin que ello implique un costo correspondiente para esta clase. Al mismo tiempo, dado que esta clase de dirigentes es en cierto grado un órgano de prestigio

²² [Fuentes erigidas en honor de algún personaje o para conmemorar algún evento histórico. N.T.]

especializado, así que su valor, y por lo tanto su tenencia del cargo, tanto ante los ojos de la comunidad como ante sus propios ojos, es en su mayor parte un “valor de prestigio” y una posesión gracias al prestigio –y dado que el prestigio que inviste a sus personas es una sombra que se proyecta en virtud de la valía putativa de la comunidad en general–, se desprende que su interés particular en el prestigio colectivo sea peculiarmente alerta e insistente. Pero también se desprende que estos personajes no pueden, mediante su propio caudal o su propio dinamismo, contribuir a este prestigio colectivo en la misma proporción en la que a ellos les resulta necesario recurrir a éste en apoyo de su propio valor de prestigio. Sería, en otras palabras, un absurdo patente exhortar a cualquiera de las clases dirigentes, dinastías, nobleza, cuerpos militares y diplomáticos, en cualquiera de las naciones de Europa, por ejemplo, para que preserven su dignidad actual y reclamen la deferencia que actualmente se les reconoce recurriendo a sus propios poderes e invirtiendo su propio caudal, sin el usufructo de la comunidad cuyo órgano de dignidad son ellos. Está más allá de sus poderes autónomos el crear o mantener el actual valor de prestigio del que gozan sin el usufructo de la comunidad. Esa empresa no se apoya en las premisas del caso.

En este sentido, por lo tanto, la primera preocupación que por fuerza ocupa a estos

personajes es la consecución y conservación de un usufructo apropiado de los recursos materiales y de la buena voluntad de una población suficientemente vasta e industrial. El requisito de la buena voluntad en lo tocante al asunto que se trata es llamado lealtad, y su conservación por parte de personajes que se aprovechan así del prestigio descansa en una asociación de ideas sobreañadida mediante la cual el honor nacional viene a confundirse, en la aprehensión popular, con el prestigio de estos personajes que tienen la custodia del mismo. Pero los potentados y los organismos, civiles y militares, en los que descansa este valor de prestigio inevitablemente se adentrarán en una comparación envidiosa con otros de su clase; y, como sucede invariablemente en materia de comparación envidiosa, las necesidades de emulación de todos los competidores por el prestigio son "indefinidamente extensibles", como sostiene la frase de los economistas. Cada uno de ellos necesita incesantemente el incremento adicional del prestigio, y por lo tanto también el incremento adicional de los activos materiales en hombres y recursos necesarios como medios disponibles para afirmar y acrecentar el honor nacional.

Es cierto: la idea de que su valor de prestigio está en cierto grado condicionado por las circunstancias materiales y la imaginación popular de la nación subyacente es desagradable

para muchos de estos vicarios del honor nacional. Ellos se animarán más bien a persuadirse de que este valor de prestigio es un atributo distintivo, de orden excepcional, intrínseco a sus propias personas. Pero, evidentemente, cualquier linaje individual de magnates, notables, reyes y mandarines cuya notoriedad descansa en nada más sustancial que en una inteligencia ligeramente subnormal y en un hábito del cuerpo moderadamente escrofuloso, no podría por más tiempo continuar demandando aquella ansiada deferencia que se considera les es debida. Esta imagen de dignidad tristemente no podría dibujarse. Poca convicción y ninguna dignidad sobresaliente pueden desprenderse del pronunciamiento superfluo:

“Estamos aquí porque,
Estamos aquí porque,
Estamos aquí porque,
Estamos aquí,”²³

incluso cuando a las coplas les es debidamente dado el retórico beneficio de un “Mandato por la Gracia de Dios”. Los personajes que portan esta dignidad necesitan el respaldo de una población resuelta y patriótica que apoye su valor de prestigio, y por lo general no tienen grandes

²³ “We’re here because,/ We’re here because,/ We’re here because,/ We’re here.” Se trata de una tonada popular que los soldados ingleses cantaban durante la Primera Guerra Mundial.

dificultades en procurárselo. Y su valor de prestigio es, en efecto, proporcional al volumen de recursos materiales y credulidad patriótica que puedan ser allegados por su aserción. Es verdad, su proyecto de alistamiento sobre el indispensable apoyo sentimental y pecuniario es fortalecido con imponentes declaraciones de servir al bien común, y estas declaraciones son de algún modo fácilmente, sin duda entusiastamente, admitidas y acatadas en consecuencia; aunque el alegado beneficio del bien común será escasamente visible excepto a la luz de la gloria derramada por la antorcha ardiente del patriotismo.

En la medida en que sea de naturaleza material, el beneficio con el que las autoridades constituidas se comprometen a contribuir al bien común —o, en otras palabras, a otorgarle al hombre del común—, se clasifica bajo dos encabezados: la defensa contra una agresión desde el exterior y el fomento de una ganancia material de la comunidad. Es de presumirse que las autoridades constituidas por lo general creen, más o menos implícitamente, en sus propias manifestaciones al profesar que están al servicio de las necesidades del hombre del común en estos aspectos. La defensa común es un asunto suficientemente grave, y sin duda reclama los mejores afectos y esfuerzos del ciudadano; pero no es uno que debiera reclamar mayor atención en este punto del argumento ya que se relaciona

con el servicio que las autoridades constituidas prestan al hombre del común. Cualquier organismo gubernamental nacional es útil en este sentido solo frente a otro organismo gubernamental de cualquier otro lugar. De modo que ante el más ligero examen se reduce a un asunto de actividad patriótica competitiva, como entre las aspiraciones patrióticas de diferentes nacionalidades dirigidas por diferentes organismos gubernamentales; y el servicio prestado por las autoridades constituidas como un todo adquiere el carácter de un remedio para los males de su propia creación. Es invariablemente una defensa contra las agresiones concertadas de otros patriotas. Tomada en conjunto, la defensa común de una nación se convierte en un detalle de la lucha competitiva entre nacionalidades rivales animadas por un común espíritu de empresa patriótica y dirigida por las autoridades constituidas para este propósito competitivo.

Excepto sobre una amplia base de devoción patriótica, y excepto bajo la dirección de un organismo gubernamental ambicioso, no se produciría ninguna agresión internacional grave. La defensa común, por lo tanto, debe tomarse como un remedio para los males que provienen de la actuación del espíritu patriótico que anima a la humanidad ejercida bajo una autoridad discrecional; y cualquier balance que quiera hacerse entre la utilidad e inutilidad de este

espíritu patriótico y de su servicio en manos de las autoridades constituidas deberá ser desestimado por constituir, en el mejor de los casos, la mitigación de algunos de los desordenes traídos por la presencia de gobiernos nacionales que descansan sobre la lealtad patriótica en general.

Pero esta defensa común no es de manera alguna una rúbrica vacía en algún recuento tentativo de la moderna empresa nacional. Ella constituye el argumento común y concluyente del estadista dinástico y de los aspirantes a señores de la guerra, y es el velo habitual detrás del cual se ponen en marcha los acontecimientos frente a eventuales hostilidades. La preparación para la defensa común también parece terminar indefectiblemente en hostilidades. Con más o menos *bona fides* estadistas y contendientes suplican por la causa de la defensa común, y con patriótico ahínco el hombre del común se presta para la empresa a la que se apunta bajo esa cobertura. En la medida en que el equipamiento resultante para la defensa se acrecienta y se convierte en formidable, la gama de puntos que una nación patrióticamente sesgada está dispuesta a incluir en los derechos que deben defenderse se amplía sin continencia, hasta que, en virtud de que los reclamos defensivos se solapan entre las nacionalidades rivales, la distinción entre defensa y agresión desaparece,

salvo en la fantasía prejuiciada de los patriotas rivales.

Por supuesto, aquí no se precisa consideración alguna sobre la actual campaña americana de "Preparación". Excepto por el grado de histeria, ésta no parece diferir en ningún sentido sustancial del curso análogo de autointoxicación entre las nacionalidades de Europa, que llegó a un punto crítico en la situación europea actual. Debería de modo concluyente servir la ocasión al observador dueño de sí para recordar que todas las naciones civilizadas de la Europa bélica están, todas y cada una de ellas, convencidas de que están acometiendo una guerra defensiva.

Se supone que la aspiración de todos los ciudadanos bien pensantes sea la "Paz con Honor". Por lo tanto, el prestigio nacional, como una cosa natural, aparece como el primero y el último de entre todos los intereses nacionales que deben defenderse y a cuyo servicio el caudal y los afectos del hombre del común se alistan bajo la égida de la proeza nacional. Y las autoridades constituidas son sin duda sinceras y decididas en sus esfuerzos por promover y defender el honor nacional, en particular aquellas autoridades constituidas que retienen su lugar de autoridad sobre las bases de la lealtad; dado que el prestigio nacional en este caso se une con el prestigio del gobernante de la nación en buena medida en el mismo grado en que la

soberanía nacional se delega sobre la persona de su gobernante. Defendiendo o haciendo avanzar el prestigio nacional, este señor de la guerra dinástico o autocrático, junto con otras partes que lo asisten o dependen de él, se ocupa de su propio interés; su propio mandato es un mandato por el prestigio, y la seguridad de su mandato reposa en el mantenimiento persistente de aquella fantasía popular que inviste a su persona de este prestigio nacional constituyéndolo a él y a su séquito de notables y personajes en su guardián.

Pero los estadistas –potentados, notables, reyes y mandarines– insisten de manera uniforme en que la égida de la proeza nacional en sus manos cubre también numerosos intereses de tipo más sustancial y tangible. Estos otros intereses más tangibles de la comunidad también tienen el valor de una especie directa y personal para la dinastía y su jerarquía de subalternos privilegiados, en tanto es solo por el uso de las fuerzas materiales de la nación que el prestigio dinástico puede ser promovido y mantenido. El interés de dichas autoridades constituidas en el bienestar material de la nación es consecuentemente serio y persistente; pero se trata evidentemente de un interés de una clase especial y está sujeto a limitaciones estrictas y peculiares. El bien común, en su aspecto material, interesa al estadista dinástico solo como un medio para los fines dinásticos; eso quiere

decir, solo en la medida en que éste pueda ser aprovechado para el logro de los fines dinásticos. Estos fines son “El Reino, el Poder y la Gloria”, una concepción semejante a la que expresa la fórmula sagrada en otra situación.

Es decir, el bienestar material de la nación es un medio para el despliegue del poder dinástico; con tal de que a este bienestar material se le prohíba siempre internarse en tales ramificaciones que hagan de la mancomunidad un pesado instrumento en manos de los estadistas dinásticos. El bienestar nacional es un propósito solo en la medida en que conduce al éxito político, lo que es siempre una cuestión de éxito bélico como último recurso. La limitación que esta consideración impone sobre la política económica del gobierno es tal que debe hacer de la nación una mancomunidad económica autosuficiente o auto-equilibrada. Debe ser una mancomunidad auto-equilibrada por lo menos en la medida en que será auto-sostenible, en caso de necesidad, en todos aquellos asuntos que inciden directamente en la eficacia bélica.

Por supuesto, ninguna comunidad puede llegar a ser completamente auto-sostenible bajo las condiciones modernas, por la necesidad del estado moderno de las artes industriales, excepto recurriendo a medidas de represión tan drásticas que reducirían su rendimiento total a un grado del todo intolerable. Esto será cierto incluso de aquellas naciones que, como Rusia o los Estados

Unidos, son poseedoras de territorios sumamente extensos y de recursos sumamente vastos y variados; pero ello aplica con fuerza más acentuada aún a las unidades territoriales más pequeñas y con suministros más escasos. Las personas que viven bajo las condiciones modernas y mediante la utilización del estado moderno de las artes industriales por fuerza se acercan a todos los rincones del globo habitable por materiales y productos que pueden procurarse para mayor ventaja suya por fuera de su propio campo especial, siempre y cuando se les permita el acceso a estas fuentes periféricas especiales de suministro; y cualquier limitación arbitraria a esta libertad de circulación crea unas condiciones de vida mucho más duras y reduce en ese tanto el rendimiento agregado de la comunidad. La autosuficiencia nacional se puede lograr solo con un poco de aislamiento económico; y una política de aislamiento económico entraña un grado de empobrecimiento y eficiencia disminuida, aunque también dejará a la nación mejor dispuesta para la actividad bélica a la escala que su reducida eficacia conciba.

Entonces lo mejor que los estadistas dinásticos pueden lograr en este sentido es un arreglo sagaz, incluyendo un grado tal de aislamiento e inhibición como para dejar al país aceptablemente autosuficiente en caso de necesidad, sin que merme la eficiencia nacional

al punto de que mutile sus fuerzas productivas más allá de lo que será compensado por una mayor disposición para la guerra que así se consigue. El punto al que dicha política de aislamiento y suficiencia por fuerza se dirigirá es a aquella medida de inhibición que proporcionará los recursos disponibles más fáciles y efectivos para la actividad bélica, el producto mayor de la efectividad bélica que se tendría multiplicando la eficiencia neta de la nación por su disposición para entrar en campaña.

En un examen de este problema táctico interviene un cierto factor subsidiario, en tanto el temperamento patriótico de la nación está siempre más o menos afectado por dicha política económica. Cuanto mayor sea el grado de aislamiento efectivo y de discriminación incorporado en la política nacional, mayor será por lo común su efecto sobre el sentimiento popular en lo que respecta a la animosidad nacional y autosuficiencia espiritual, las cuales pueden ser un activo de gran valor para los propósitos de la iniciativa bélica.

Resulta evidente que el hombre de estado dinástico que se comprometiera a promover el bienestar común con independencia de su utilidad para la empresa bélica estaría hundiendo su propio propósito. Él, en efecto, se encontraría próximo a vivir de acuerdo con sus pronunciamientos habituales en lo tocante a la

paz internacional, en vez de profesar vivir de acuerdo con ellos, como las exigencias de su empresa nacional ahora convencionalmente le obligan a hacerlo. En efecto, él habría *functus officio*.

Existen dos grandes instrumentos administrativos disponibles para este trabajo de represión y autosuficiencia nacional en poder del estadista imperialista: el arancel proteccionista y la subvención comercial. No se pueden distinguir firmemente el uno del otro en todos los puntos, y cada uno se despliega en una circunvolución múltiple de abigarrados detalles; pero, después de todo, los principios involucrados son bastante ordenados y consistentes. El primero tiene la naturaleza de una conspiración para restringir el comercio mediante la represión; el último, la de una conspiración con el mismo efecto gracias al monopolio subsidiado; ambos por igual actúan para refrenar la actividad industrial en ciertas líneas mediante el incremento artificial del costo de producción para individuos específicos o clases de productores, y ambos por igual imponen un costo más que proporcional a la comunidad en la que surten efecto. A propósito, ambos métodos de inhibición acarrearán un grado, aunque un grado menor, de privación para el resto del mundo industrial.

Esto es un asunto de cajón para todos los estudiosos de economía y debería, razonablemente, ser evidente para todas las personas

inteligentes; pero su negación voluble por las partes interesadas, así como la fácil credulidad con la que los ciudadanos patrióticos se permiten aceptar los sofismas ofrecidos en defensa de estas medidas de inhibición, ha hecho que parezca valer la pena recordar aquí estos lugares comunes de la ciencia económica.

El piso de esta credulidad fácil no es tanto una debilidad del intelecto cuanto una exuberancia del sentimiento, aunque puede razonablemente creerse que sus manifestaciones más pronunciadas –como, por ejemplo, el alto arancel proteccionista– se puedan alcanzar solo mediante la fuerza de una formidable cooperación de las dos. El espíritu patriótico es un sentimiento envidioso de prestigio conjunto; y no se requiere argumento o documentación alguna para sostener la afirmación de que su sesgo le imprimirá un tinte de mérito y conveniencia a cualquier medida propuesta que pueda, así sea engañosamente, prometer el aumento del poder o del prestigio nacional. Así que cuando el estadista propone una política de abstención y de aislamiento limitado sobre el terreno profeso de que dicha política fortalecerá económicamente a la nación haciéndola económicamente autosuficiente, estando también así preparada para una aventura bélica, el ciudadano patriótico mira las medidas propuestas a través de la neblina rosa de las aspiraciones nacionales y deja que la voluntad de

creer lo persuada de que lo que conduzca a un terrible frente de batalla nacional contribuirá también al bien común. Al mismo tiempo que todas estas conspiraciones nacionales que restringen el comercio son proclamadas, con más o menos razón, para infligir más o menos daño a las nacionalidades rivales con las que las relaciones económicas se han debilitado, y siendo el patriotismo un sentimiento envidioso, el ciudadano patriótico encuentra consuelo en la promesa de agravio hacia estos otros y está todavía más dispuesto a encontrar todo tipo de méritos en propuestas que velan por este desenlace envidioso. En cualquier comunidad imbuida de un espíritu patriótico alerta, el hecho de que ciertas circunstancias dadas, incidente o negociación puedan ser aprovechadas como un medio de distinción envidiosa o de discriminación envidiosa contra la humanidad más allá del contorno nacional, irá siempre lejos para procurarse su aceptación como si fuese también un artículo de beneficio sustancial para la comunidad en general, incluso cuando el más ligero escrutinio imparcial encontrara que no tiene utilidad comprobable alguna en ningún sentido salvo en el del daño envidioso. Y todo lo que soporte la interpretación como un incremento del poder o de la proeza de la nación, en comparación con nacionalidades rivales, siempre será considerado con seguridad como una partida de reputación conjunta y se hará

servir a la fatuidad colectiva como una distinción envidiosa; y la credulidad patriótica lo encontrará meritorio también en otros aspectos.

Así, por ejemplo, es una concepción pasada que tal patente imbecilidad como un arancel proteccionista no contará con el apoyo de una comunidad normalmente inteligente si no es con la ayuda de algún sofisma chovinista como este. Así también, los diversos aparatos reales de Europa, por ejemplo, brindan una ilustración extrema, aunque tanto más convincente, de la misma falacia lógica. Estos aparatos y personajes son grandiosos y auténticos repositorios del prestigio nacional, y por lo tanto sus distintas agrupaciones de súbditos irreflexivamente suponen que aquellos tienen también alguna utilidad sustancial en alguna otra situación; pero para un extranjero sería exhibir una credulidad sumamente desviada el caer en esa asombrosa concepción errónea. Aunque lo mismo es manifiestamente cierto del volumen de transacciones comerciales y comercio de exportación entre los ciudadanos modernos; aunque en este punto la infatuación está tan arraigada y es tan dogmática que incluso se espera de un desconocido que acepte la falacia sin reflexión, so pena de ser tachado de peligroso o perturbado. Dichos asuntos, de nuevo, como las dimensiones del territorio nacional, o el número de la población y la magnitud de los recursos nacionales, son todavía y han sido tal

vez siempre un material para la exultación patriótica y se ha creído neciamente que tienen gran importancia en los acervos materiales del hombre del común; aunque debería quedar claro, luego de pensarlo un poco, que bajo las condiciones modernas de propiedad, estas cosas no tienen consecuencias para el hombre del común excepto como artículos de prestigio para estimular su propio orgullo cívico. La única coyuntura en la que éstos y semejantes haberes nacionales pueden llegar a cobrar significado como activos conjuntos o colectivos surgiría en el caso de una aventura bélica llevada a tales extremos que cancele sumariamente los derechos adquiridos de propiedad y los revierta en usos bélicos. Mientras los derechos de propiedad se mantengan, el hombre del común, que no es poseedor de estos bienes, no saca provecho alguno de su inclusión en el dominio nacional; por cierto, él paga cierto precio para garantizar la tenencia segura de los mismos por sus propietarios legítimos.

Tras su búsqueda del Reino, el Poder y la Gloria mediante el uso de los recursos nacionales y con la sanción del espíritu nacional, las autoridades constituidas también asumen la tutela de diversos intereses materiales que se presume tocan al bien común; como la seguridad de la persona y la propiedad en tratos con extranjeros, ya sea en casa o en el exterior; la seguridad para la inversión y el comercio, y la

defensa de sus ciudadanos ante la ley en tierras extrañas; y, principal y ubicuamente, la promoción y extensión del comercio nacional en el extranjero, particularmente el del comercio de exportación en términos ventajosos para los negociantes de la nación.

La última de las ventajas mencionadas es una en la que el énfasis es propenso a adherirse al argumento de todos los que abogan por el despliegue del poder nacional por constituir un asunto de beneficio material vital para el hombre del común. Es evidente, luego de una mínima consideración, que los otros puntos indicados arriba son asuntos de imperceptible, si alguna, consecuencia material para él. El hombre del común –esto es el noventa y nueve y una fracción de cada centenar de los hombres de la nación– no tiene tratos con extranjeros en el extranjero, como capitalista, comerciante, misionero o viajante, y no le hace falta la seguridad de la persona o la propiedad en circunstancias que planteen la más remota duda sobre la proeza nacional o el prestigio nacional; él tampoco busca o aspira a comerciar en el extranjero cualesquiera sean los términos, equitativos o no, o a invertir capital entre extraños bajo mandato extranjero, o a explotar concesiones o a tomar pedidos, para recepción o entrega; tampoco, de hecho, suele él siquiera llegar a ese nivel de contacto con el extranjero que presupone la compra de títulos extranjeros. Virtualmente la única ocasión en la

que entra en contacto con el mundo allende de la frontera es cuando, si acaso, se marcha de casa como emigrante, y entonces deja de disfrutar del tutelaje de las autoridades nacionales constituidas. Pues el hombre del común es, en realidad, un cuerpo de cuidado doméstico, que aborda tierras extrañas y a forasteros fuera de las fronteras nacionales solo como al segundo o tercer desplazamiento, si del todo, en la compra ocasional de productos extranjeros, o en la venta de bienes que pueden encontrar salida fuera del país después de que él los ha perdido de vista. La excepción a esta regla general se encontraría en el caso de aquellas naciones de menor tamaño que son demasiado pequeñas como para contener el comercio en el que su población general está comprometida, y que no tiene proeza nacional o prestigio nacional a los que recurrir en un posible caso de necesidad —y cuyos ciudadanos, individualmente, parecen estar tan afortunadamente situados en sus relaciones exteriores cotidianas, sin antecedentes de proezas y prestigio, como los ciudadanos de los grandes poderes que han sido dotados con mayor abundancia en estos aspectos.

Con excepciones del todo insignificantes, estos asuntos atañen a las necesidades o las sensibilidades del hombre del común solo a través del canal del honor nacional, el que puede ser herido a causa de las penalidades sufridas por sus compatriotas en el extranjero, o el que

puede, de nuevo, ser reparado o realzado por los logros meritorios de los mismos compatriotas; de cuya existencia por lo general él no tendrá ninguna otra o más sustancial evidencia –y en cuyo trato él no comparte nada distinto a este sufrimiento vicario de indignidad vaga y remota o de vanagloria por la fuerza de circunstancias completamente fortuitas– de que ellos son (inescrutablemente) sus compatriotas. Estos bienes inmateriales de prestigio vicario no deben, por supuesto, ser infravalorados, como tampoco debe pasarse por alto el hecho de que ellos participan en la cuenta total del “ingreso síquico” del ciudadano común, para lo que puedan sumarse; pero es evidente que su consideración nos devuelve a la categoría inmaterial de valor de prestigio, desde la que el argumento justo ahora tenía la esperanza de salir a fin de considerar el interés material del hombre del común en la empresa nacional a cuyo alrededor giran las aspiraciones patrióticas.

Estas cosas, entonces, son asuntos en los que el hombre del común tiene interés solo porque poseen un valor de prestigio. Pero no cabe duda de que tocan sus sensibilidades y lo incitan a la acción, e incluso a actos de valentía y autosacrificio. La indignidad o los malos tratos hacia sus compatriotas en el extranjero, incluso siendo bien merecidos, como no es infrecuente el caso, son resentidos con una vehemencia que en gran medida se le puede atribuir al hombre del

común, y en gran medida también para el provecho de aquellos estadistas patrióticos que encuentran en dichas ofensas sus materias primas más seguras y confiables para la producción de conflictos internacionales. Que él responderá así al estímulo de estas vicisitudes, materialmente hablando irrelevantes, buenas o malas, que conciernen a la suerte de sus compatriotas y conocidas por él por rumores, es testimonio, por supuesto, de la alta calidad de su virilidad; pero se está bastante lejos de argumentar que dichos impulsos de su espíritu patriótico tienen algún valor como rasgos que cuentan para su sustento o su servicio económico en la comunidad donde vive. Todo se le abona, lo que va a hacer de él un ciudadano conveniente en el sentido de que es apropiadamente susceptible a las incitaciones de la emulación patriótica; pero debe admitirse, no obstante con reticencia, que este rasgo de impulsiva indignación vicaria o de vanagloria no es materialmente beneficioso para sí mismo ni tampoco un activo del más mínimo valor económico para la comunidad en la que vive. Todo lo contrario, en realidad. Como también es cierto que el hombre del común no deriva ninguna ventaja material del éxito nacional, aunque él por lo general cree que todo ello redundará de algún modo en su beneficio. Pareciera que una preferencia congénita hacia el interés comunitario, desdibujada e impulsada

por un orgullo patriótico celosamente sensible, inclinara acriticamente su fe para que coincida con su inclinación. Su persuasión es una tarea de la preconcepción más que de la percepción.

Pero el beneficio material más sustancial y más absoluto que actualmente se cree que se deriva de un gran despliegue de la proeza nacional y de una vasta extensión del dominio nacional es un volumen incrementado del comercio exterior de la nación, particularmente del comercio de exportación. "El comercio sigue a la Bandera". Y se presume que este comercio mayor y la más acentuada ganancia redunden en el beneficio conjunto de los ciudadanos. Esta es la profesión de fe de los estadistas sagaces y esta es también la irreflexiva creencia del hombre del común.

Puede dejarse como una pregunta abierta si el despliegue de la proeza y el prestigio nacional incrementa el comercio de la nación, ya sea en importaciones o en exportaciones. No existe evidencia disponible de que ello tenga un efecto de este estilo. Lo que no es una cuestión abierta es el hecho patente de que la extensión del comercio no confiere ningún beneficio al hombre del común, que no está comprometido en el negocio de importación o exportación. Más concretamente, a él no le deja ninguna ventaja en consonancia con el costo implicado en el esfuerzo para incrementar el volumen del comercio mediante el incremento del poder nacional y la

extensión de su dominio. Los beneficios del comercio no se trasladan al hombre del común en general sino a los comerciantes cuyo capital se invierte; y para el ciudadano común es un asunto del todo superfluo si los negociantes que se benefician mediante el comercio de la nación son sus compatriotas o no²⁴.

El argumento pacifista sobre la futilidad económica de las ambiciones nacionales por lo común apoyará su caso en este punto; habiendo mostrado tan abiertamente como sea necesario que la ambición nacional y todas sus obras caen por pleno derecho bajo aquella rúbrica de la invocación que habla del Fuego, la Inundación y la Pestilencia²⁵. Pero una inclinación hereditaria de la naturaleza humana no debe quitarse de en medio con un argumento que muestra que ella

²⁴ Todo esto, que debería quedar claro sin demostración alguna, ha sido presentado repetidamente en las exposiciones de varios abogados de la paz, típicamente por el señor Angell. [Sir Ralph Normal Angell (1872-1967), periodista, miembro del Parlamento por el Partido Laborista inglés y conferencista, fue un incansable abogado de la paz (Premio Nobel de Paz en 1933). Su escrito más conocido, *The Great Illusion* (1912), describía los peligros de una política exterior basada en la conquista militar y la guerra. N.T.]

²⁵ [Posiblemente Veblen recuerde aquí el pasaje bíblico sobre la Caída de Babilonia en Revelaciones 18:8. N.T.]

tiene sus inconveniencias. Así también con el espíritu patriótico: es un factor con el que se debe contar, en vez de exorcizarse.

Como se ha observado arriba, con el transcurso del tiempo y el cambio, el avance de las artes industriales y de las instituciones de propiedad han tomado un rumbo tal que el sistema de trabajo industrial y empresarial ya no opera sobre límites nacionales y, en efecto, no toma ya en cuenta las fronteras nacionales –excepto en la medida en que las políticas nacionales y la legislación, arbitraria y parcialmente, imponen estas fronteras sobre las operaciones del comercio y la industria–. El efecto de esta regulación para fines políticos es, con excepciones completamente insignificantes, perjudicial para el funcionamiento eficiente del sistema industrial bajo las condiciones modernas; y es por lo tanto perjudicial para los intereses materiales del ciudadano común. Pero el caso no es el mismo con respecto a los intereses de los comerciantes. El comercio es un negocio competitivo y resulta ventajoso para los comerciantes comprometidos en cualquier línea particular de negocios el ensanchar sus propios mercados y excluir a los comerciantes competidores. La competencia puede ser el alma del comercio, pero el monopolio es por fuerza la finalidad de cada comerciante. Y la organización nacional le resulta provechosa a sus comerciantes en la medida en que los protege, completa o

parcialmente, de la competencia de comerciantes de otras nacionalidades, o en la medida en que promueve su empresa mediante subvenciones o privilegios similares en contra de sus competidores, ya sea en casa o en el extranjero. La ganancia que así llega a los comerciantes de la nación por medio de cualquier ventaja preferencial provista por las normativas nacionales, o gracias a la discriminación ejercida contra los comerciantes de nacionalidades extranjeras, va a los comerciantes como ganancia privada. Ella no beneficia a ninguno de sus compatriotas ya que no existe una comunidad de usufructo que afecte a dichas ganancias de los comerciantes. En lo tocante a su ventaja material, para el ciudadano común es un asunto irrelevante si tiene tratos con comerciantes de su propia nacionalidad o con extranjeros; ambos por igual intentarán comprar barato y vender caro, y a él le cobrarán “lo que el regateo pueda aguantar”. A él tampoco le importa si las ganancias de este comercio recaen en extranjeros o en sus compatriotas; en cualquier caso por igual ellas quedan inmediatamente fuera de su alcance, y están igualmente desprovistas de cualquier toque de interés comunitario de su parte. Al ser una posesión privada, bajo las leyes y costumbres modernas les son inútiles, intervenga o no una frontera nacional entre su domicilio y el del propietario de las mismas.

Estos son hechos que cualquier hombre de buen juicio conoce y sobre los que obra sin duda ni vacilación en sus propios asuntos prácticos. Incluso él apenas se regocijaría con una propuesta tan vana como la de que su vecino debe compartir con él sus beneficios empresariales por ninguna otra razón mejor que la de ser él un compatriota. Pero cuando el asunto es presentado como una proposición de política nacional y es adornada con una invocación a su lealtad patriótica, el ciudadano común será por lo general lo suficientemente crédulo como para aceptar el sofisma sin oposición alguna. Su sentido arcaico de solidaridad grupal todavía lo impulsará, a costa suya, a favorecer el beneficio privado de sus compatriotas comerciantes mediante la imposición de regulaciones comerciales onerosas y a interponer obstáculos en la vía de los comerciantes extranjeros. Toda esta ingeniosa política de la derrota propia está muy auxiliada por la vanidad patriótica de los ciudadanos, quienes se persuaden a sí mismos para ver en ella un acceso al poder y al prestigio de su propia nación y una desventaja para las nacionalidades rivales. Es, de hecho, más que dudoso si dicha política de la propia derrota, como la personificada en las actuales discriminaciones del comercio internacional, podría insinuarse en la legislación de una nación civilizada si la inteligencia popular no estuviera tan nublada

por la animosidad patriótica como para dejar que un detrimento prospectivo para sus vecinos extranjeros se cuente como un beneficio para sí.

En consecuencia, la principal utilidad material de la inclinación patriótica en las poblaciones modernas parece ser su utilidad para un círculo restringido de personas comprometidas en el comercio exterior o en negocios que entran a competir con la industria extranjera. Ésta favorece su lucro privado prestándole un rostro efectivo a tal restricción del comercio internacional que no se toleraría en el interior del dominio nacional. Al hacerlo se produce también el efecto secundario y más siniestro de dividir a las naciones en términos de rivalidad y de establecer derechos y ambiciones irreconciliables, sin valor material pero con un efecto de largo alcance en la forma de un estímulo para fomentar el enajenamiento internacional y una eventual ruptura de la paz.

Cómo interviene todo esto en los planes de los estadistas militantes, y cómo tiene además consecuencias sobre la libertad y la fortuna personal del hombre del común, es un tópico extenso e intrincado, aunque no obscuro; y se ha hablado ya de él arriba, quizás tan plenamente como se requiere.

**Reseña de *The Nature of Peace
and the Terms of Its Perpetuation***

El señor Veblen ha aplicado la concepción que abriga sobre el actual orden económico de la sociedad al problema de la conquista de una paz permanente. La concepción que tiene el señor Veblen de la sociedad existente la han podido encontrar sus lectores en *The Theory of the Leisure Class* y en *The Theory of Business Enterprise** . En resumen, ella contempla a una sociedad en la que el usufructo de la laboriosidad creativa de la comunidad pasa a manos de la pequeña fracción de aquellos que poseen y controlan la riqueza de la comunidad y las oportunidades de trabajo. De esto se sustrae lo que se asigna para el

* [Ambas vertidas al castellano: *Teoría de la Clase Ociosa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944. Trad. Vicente Herrero; primera edición en inglés en 1899; *Teoría de la empresa de negocios*, Eudeba, Buenos Aires, 1965. Trad. Carlos Alberto Trípodí; primera edición en inglés en 1904. N.T.]

mantenimiento de las masas, incluyendo algunos gastos que no son necesarios para dicho mantenimiento pero que representan necesidades que han surgido de la emulación a los acomodados y a los ricos. Estos gastos, sin embargo, tienden a mantenerse dentro de estrechos límites en la medida en que la organización empresarial de la comunidad sea eficaz e inteligente. Los gastos de quienes poseen o controlan la riqueza de la comunidad, y que exceden lo que está implicado en el mantenimiento y la inversión, caen bajo la categoría vebleniana de "derroche pecuniario y futilidad personal", una categoría de gasto indefinidamente flexible. Esta sociedad se encamina inevitablemente hacia la más aguda oposición de intereses: por un lado, aquellos de las masas constituidas por la gente del común, por ejemplo, los operarios, junto con los agricultores que albergan la ilusión de que tienen el control de la industria agrícola del país; y, por otro lado, aquellos de los ricos que controlan el usufructo de la laboriosidad de la comunidad, junto con los acomodados, quienes, en tanto agentes de los que poseen, derivan sus ventajas al secundar la de sus amos. El conflicto de intereses es favorecido por ciertas características de este moderno período industrial, especialmente por el derrumbamiento de las anteriores lealtades feudales del hombre hacia su amo puesto que, en sus relaciones sociales, la

atención se ha desplazado de las personas a las cosas (por ejemplo, los mecanismos de la industria). La maquinaria, poniendo fin a la industria artesanal con su énfasis en las personas, ha tendido también a destruir la estructura social de la Europa medieval con su habitual subordinación irreflexiva de los grupos inferiores a la clase gobernante o económicamente “mantenida”. La preservación de cierta dosis de competencia todavía procura al obrero alguna independencia, y los inventos ponen a veces a su alcance un estándar de vida más elevado. Esta vida industrial proporciona el trasfondo económico de la guerra.

En términos políticos, la distinción de importancia primordial es aquella entre los estados dinásticos y los que cuentan con las llamadas instituciones liberales. Los ejemplos importantes de la primera clase son la Alemania imperial y el Japón imperial. Mientras que la actitud general de los estados liberales con instituciones más democráticas es la de “vive y deja vivir”, el impulso inevitable del estado dinástico es hacia la dominación y más dominación. Solo ejercitando incesantemente este impulso puede él existir. Por lo tanto, debe depender de la organización militar en el interior del estado y de la conquista –y de la amenaza de conquista– en sus relaciones con otros estados. Dos actitudes sociales hacen posible el estado dinástico: la lealtad feudal hacia el gobernante

dinástico y el patriotismo. La preservación de este primer rasgo, el de la lealtad feudal, entre las gentes de Alemania y de Japón se debe a que políticamente están menos desarrollados o, como Veblen lo manifiesta, menos maduros. Es de suponer que con el paso del tiempo la acción de la maquinaria industrial en la comunidad también privará a los habitantes de dichas sociedades de esta capacidad para la lealtad dinástica; pero, en el presente, la circunstancia peligrosa para Europa y América es la de que estas dinastías tienen, en opinión de Veblen, el control total de sus gentes, a pesar de su eficiencia industrial, y que ellas deben actuar militantemente, es decir, ser fieles a su naturaleza. El otro rasgo, aquel del patriotismo, es común en ambos tipos de estados, el dinástico y las sociedades más democráticas.

De paso, es bueno corregir la impresión de que el control político real, según Veblen, pertenezca a las masas en las sociedades democráticas; por el contrario, éste reposa inevitablemente en la pequeña fracción que controla la riqueza de la colectividad. La diferencia entre los dos tipos de comunidades se encuentra en la desaparición, por descuido, del rasgo de la lealtad dinástica. Debe advertirse también que, de acuerdo con Veblen, en el estado liberal del "vigilante nocturno" los intereses materiales de la clase poseedora, por un lado, y los del hombre del común, por el otro, son tan

diversos que ninguna iniciativa patriótica puede ser de interés mutuo. De hecho, es imposible que alguna actividad patriótica pueda ser beneficiosa, en un sentido material, para la comunidad en general.

En su incidencia económica, biológica y cultural, el patriotismo parece ser un rasgo adverso de la naturaleza humana; con lo cual, es claro, no se tiene nada que anotar en cuanto a su excelencia moral, su valor estético o su indispensabilidad para una vida digna... Su afamado valor moral y estético, así como la reprobación que acompaña cada falta en este sentido, significan tan solo, para los propósitos del presente argumento, que el espíritu patriótico encuentra la aprobación incondicional de los hombres porque todos y cada uno de ellos están contagiados por éste. (p. 39 [p. 91 de esta edición])

El espíritu de emulación que se encuentra bajo el encabezamiento de patriotismo por lo común, si no invariablemente, busca esta ventaja diferencial mediante el daño al rival más que gracias al incremento del bienestar doméstico... (p. 28 [p. 71])

Aparte de su valor de prestigio, vale la pena luchar por estas cosas (las llamadas cuestiones morales que hacen encomio de la guerra ante la comunidad, como el "Honor Nacional", "Un Lugar en el Sol", "La Liberad de los Mares", "La puerta abierta", y similares) solo como medios anticipados de combate. (p. 31 [p. 76])

En consecuencia, la principal utilidad material de la inclinación patriótica en las poblaciones modernas parece ser su utilidad para un círculo restringido de personas comprometidas en el comercio exterior, o en negocios que entran a competir con la industria extranjera. Ésta favorece su lucro privado prestándole un rostro efectivo a tal restricción del comercio internacional que no se toleraría en el interior del dominio nacional. Al hacerlo se produce también el efecto secundario y más siniestro de dividir a las naciones en términos de rivalidad y de establecer derechos y ambiciones irreconciliables, sin valor material pero con un efecto de largo alcance en la forma de un estímulo para fomentar el enajenamiento internacional y una eventual ruptura de la paz. (p. 63 [p. 132])

El costo en atraso de dicha empresa (por ejemplo, iniciativas militares patrióticas o guerras comerciales) para la comunidad en general es siempre mayor que las ganancias que aporta a quienes pueden beneficiarse de ella. (p.45 [p.101])

En este sistema cultural y tecnológico del mundo moderno el espíritu patriótico se amolda como polvo en los ojos y arena en los cojinetes... El espíritu patriótico se halla en pugna con la vida moderna, aunque en cualquier prueba piloto se observa que los clamores de vida ceden ante los del patriotismo; y cualquier voz que disienta de este orden de cosas es como una voz que grita en la espesura. (p. 34 [p. 82])

Finalmente tenemos la definición de Veblen de patriotismo como “un sentido de solidaridad partidaria con respecto al prestigio” (p. 25 [p.67]), y “un interés común indivisible en un cuerpo colectivo de prestigio” (p. 26 [p. 67-68]). El prestigio al que se refiere aquí es el sentimiento de superioridad nacional que surge de las comparaciones envidiosas nacionales, aunque depende de una organización de los impulsos, físicamente heredados. El patriotismo es entonces una actitud mental socialmente heredada y, según el autor, está presente de modo uniforme en todas las poblaciones de Europa y entre los japoneses, aunque se halla ausente entre los chinos. Es éste el único rasgo social común de importancia del hombre del común y del miembro de la clase acaudalada, de modo que cuando se lo esgrime unifica a la comunidad por el momento.

Se necesita un argumento tan extenso como el que Veblen dedica a la tarea para probar, a partir de estas premisas, que una paz permanente solo es posible mediante la eliminación de los estados dinásticos, por un lado, y, por el otro, de aquellos asuntos que invocan al “espíritu de emulación que se encuentra bajo el encabezamiento de patriotismo”. Estos asuntos se hallan en el apoyo nacional a los reclamos de los ciudadanos en el extranjero, en el favorecimiento de la industria

nacional mediante aranceles proteccionistas y guerras comerciales, y en el control imperial de las comunidades más débiles por las más fuertes bajo el supuesto interés de la industria y el comercio domésticos, o en interés del prestigio nacional. En los intersticios del demasiado elaborado argumento del autor se encuentra incrustado un número de alternativas que prueba ser de considerable interés. Asumiendo que los estados dinásticos no puedan ser eliminados, debemos contemplar las otras alternativas, la de la sumisión y la de algún acuerdo que implique la preservación del equilibrio del poder.

Al considerarse la alternativa de la aceptación de la sumisión de los países democráticos a las instituciones imperiales de Alemania, Veblen se detiene en dos fases de la situación social. La primera es aquella en la que, en la medida en que atañe a los intereses materiales del hombre del común, él no sufriría pérdida alguna en tal acatamiento. El orden de la propiedad privada vigente, con la concentración del control financiero en manos de unos pocos, arrebató al hombre del común los medios y el incentivo para una vida en la que sea personalmente capaz de controlar el modo y los fines de su existencia. Por otro lado, él se encuentra en el interior de un vasto sistema en el que la eficiencia significa la reducción de su salario al nivel del sostenimiento de sí y de

quienes dependen de él, junto con unas pocas migajas que le caen de la mesa del inventor y del gerente, lo que incrementa de forma circunstancial su comodidad y estándar de vida. Además, de acuerdo con Veblen, en los gastos que rebasan los límites de la demanda de comida, albergue y abrigo para la desnudez propia, la de su esposa e hijos, está psicológicamente obligado a imitar el derroche pecuniario y la futilidad personal que caracterizan al consumo de las clases propietarias y acomodadas. En los llamados países democráticos él no cuenta siquiera con el beneficio de una amplia perspectiva comunitaria del físico y la moral del obrero, puesto que bajo el sistema de control privado de la riqueza del país y de competencia entre los capitalistas, el empleador no siente responsabilidad alguna por el mantenimiento de su potencial humano. Cuando se desgasta se renueva a sí mismo. Si su maquinaria se desgasta, él debe reemplazarla a su propio costo. Si sus trabajadores se desgastan, son reemplazados a expensas de aquellos que llegan a tomar los puestos de los que han sido suprimidos. Veblen despliega con cierta amplitud y con su acostumbrado poder sugestivo los beneficios que, para el hombre del común, podrían derivarse del control del orden social por la Alemania imperial. Todas las ventajas que enumera surgirían del control imperial (Veblen emplea siempre la mayúscula

para "Imperial") de la industria privada, acercándose de este modo al derrocamiento del actual sistema de control ejercido por los hombres de negocios sobre las industrias del país.

No podría quizás encontrarse un camino más efectivo para presentar la incapacidad del obrero en la moderna industria de la máquina que en el énfasis puesto sobre las ventajas materiales que le serían otorgadas en caso de que aceptase la completa subordinación política a un poder imperialista extranjero.

Es evidente que si el hombre del común de las naciones modernas que presuntamente han de estar sometidas a la tutela del gobierno Imperial pudiera encauzarse hacia el estado de ánimo que es habitual en su homólogo chino, habría una esperanza razonable de que los consejos pacíficos prevalecerían y que la cristiandad accedería entonces a un régimen de paz mediante la sumisión bajo esta tutela Imperial. Pero entre estas naciones se encuentran siempre aquellas preconcepciones de la obstinación y la insubordinación con las que se ha de contar, y existe el antiguo hábito de una solidaridad nacional contenciosa en defensa del prestigio nacional, más apremiante entre estos pueblos que cualquier sentimiento de solidaridad con la humanidad en general, o que cualquier beneficio civilizatorio ulterior que pudiera resultar de una persistente disciplina en las virtudes de la paciencia y la diligencia bajo circunstancias

desagradables. La concepción occidental de virilidad está descrita, en cierta medida considerable, en términos negativos. Tanto así que cada vez que entra en el debate un asunto sobre las virtudes masculinas pronto parece que por lo menos el mínimo indispensable –de hecho la pequeña porción marginal común– de lo que es necesario para una vida digna se formula habitualmente en términos de lo que no es... Las indispensables demandas de la masculinidad moderna toman la forma del rechazo a obedecer a una autoridad extranjera bajo presión; la de estar exento de la dirección coercitiva y del sometimiento; en breve, la de la insubordinación. Pero queda siempre entendido como una cosa de cajón que esta insubordinación es una negativa a someterse a un gobierno irresponsable o autocrático. Enunciada desde su lado positivo, ella constituiría la libertad para aceptar, u obedecer, a una autoridad no constituida por dictamen y consentimiento expreso del gobernado... En estas comunidades modernas el hombre del común revela un temperamento frágil cuando se realiza una acción patente contra esta herencia de libertad civil. Él puede no estar bien aconsejado con respecto a las libertades que defenderá y ante las que se someterá; pero el hecho con el que se debe contar en cualquier paz proyectada es el de que existe siempre este residuo refractario de términos no abiertos a la negociación o al compromiso. Ahora se da la circunstancia de que estos principios residuales de libertad civil han llegado a mezclarse y fundirse con una preconcepción tenaz de

integridad nacional y prestigio nacional. Así que, en la aprehensión cotidiana del hombre del común no dado a excursiones analíticas, cualquier ataque a la integridad nacional o merma del prestigio nacional ha terminado por representar una insufrible violación de su libertad personal y de aquellos principios de humanidad que caracterizan a los enunciados categóricos del credo secular de la cristiandad. Luego de pensarlo puede ser patente el hecho de que el interés sustancial del hombre del común en la integridad nacional sea ligero y elusivo, y que en sentido común serio el prestigio nacional tenga algo menos que un valor neutral para él; pero este estado de los hechos sustancialmente pertinentes en buena medida no viene a la esencia del caso, puesto que sus preconcepciones en estas premisas no propenden hacia ese efecto, y puesto que son de una textura sumamente dura y expedita como para que sufran alguna disminución seria dentro de ese espacio de tiempo que puede tratarse aquí y ahora.

En ninguna parte reconoce Veblen que en la sociedad dentro de una nación, o en las relaciones de las naciones entre sí, exista algún principio comprensivo de desarrollo social.

En pocas palabras, el hombre del común no obtiene ningún beneficio de la estructura de la sociedad que se esfuerza en proteger. Lucha para protegerla porque a través de causas históricas ha llegado a resentir un mandato en el que no tiene voz; y aunque es cierto que no es capaz de

controlar su propia condición en la industria a través de la acción de las instituciones liberales, todavía identifica su independencia con estas instituciones, y las instituciones con el prestigio nacional. Veblen considera que estas identificaciones son en buena medida accidentales, pero reconoce que están no solo presentes por doquier en las denominadas sociedades democráticas, sino que al estar asentadas en hábitos muy arraigados no hay probabilidades de que cambien en el futuro cercano. Por lo tanto, el trabajador no adoptará la actitud del hombre chino y no aceptará la dominación de una autocracia alemana, aunque en general pudiera ser para su ventaja material.

Por otra parte, los alemanes permanecerán en su actitud de lealtad feudal por la misma razón, es decir, por la fuerza de hábitos seculares. Aquí Veblen advierte un cambio necesario al final: la maquinaria que ordena la existencia, el depender de las cosas en vez de las personas que caracteriza a nuestra industria tecnológica y la vida que es moldeada por la industria dominante, finalmente hará que la lealtad feudal hacia la dinastía de Prusia sea imposible; pero ello será un proceso largo en el que la antigua costumbre morirá lentamente, por desuso. Veblen no divisa en el horizonte ninguna revolución en Alemania. Ni a través de la sumisión al establecimiento imperial de Alemania ni tampoco mediante la liberalización

de la institucionalidad alemana podrá forjarse una paz permanente, por lo menos en el lapso de vida de la generación venidera.

Queda la alternativa de la conquista del gobierno militar de Alemania y la eliminación de su posición decisiva en el mundo occidental. ¿Qué perspectivas para una paz permanente traería ello? Nada en las actitudes fundamentales de las gentes de los países democráticos ofrece un obstáculo serio para dicha paz permanente. Existirán todavía peligros derivados del sentido de prestigio nacional, pero no es inconcebible que se invente un sistema en el que puedan afrontarse dificultades de este estilo. No hay nada en las instituciones de la alianza de los poderes occidentales que, en lo fundamental, se oponga a la idea de la paz, como sucede con la voluntad de dominio que se halla en la naturaleza misma de la autocracia alemana y, debería agregarse, de la autocracia del Japón. La guerra es una necesidad para una monarquía que descansa sobre una base militar. Ninguna lógica como ésta, contraria a la paz, existe en la estructura de las comunidades que se están enfrentando a los Poderes Centrales. Lo que resulta imperativo para llegar a un entendimiento tal que la guerra pueda ser evitada es la renuncia a las causas de la guerra. Ellas son la dominación de las colonias y de esferas de influencia por confesadas razones comerciales; el apoyo nacional a concesiones e

inversiones realizadas por ciudadanos de un país en los negocios de otro, las tarifas proteccionistas y las guerras comerciales; y, finalmente, la falta de neutralidad de la ciudadanía.

Aunque el autor se refiere con harta frecuencia a esta última eliminación de una causa de la guerra, ella se trata de modo muy poco satisfactorio. Una ilustración de ello se encuentra en el gran número de ciudadanos extranjeros que viven bastante satisfechos en los Estados Unidos sin llegar a estar naturalizados. Él no discute su pérdida de los privilegios de la vida política en América como tampoco el detrimento que supone para nuestra comunidad la presencia de gran número de personas que están íntimamente afectadas por condiciones políticas que no pueden ayudar a controlar. Tampoco discute la manera en la que, sin cambiar de ciudadanía, las personas podrían llegar a ser parte del cuerpo de gobierno de la comunidad en la que residen. Es de presumirse que Veblen contempla una situación en la que la conciencia nacional en gran parte, si no del todo, desaparecería, y con ello cualquier ciudadanía tendría que ser protegida cuando el individuo se encuentre en el extranjero. Lo que parece ser una asunción justa porque el autor no encuentra en la conciencia nacional nada que pueda tener otra función que la de facilitar posibles motivos para las hostilidades entre comunidades distintas.

No solo la eliminación de estos motivos para la guerra no involucra conflicto fundamental alguno con la estructura de los estados liberales del mundo occidental, sino que Veblen percibiría un movimiento real en pos de estos cambios en la vida internacional cuando su libro fue publicado en febrero del año pasado. Desde entonces la demanda de medidas para salvaguardar la paz se ha vuelto más articulada. Ellas son expresiones lógicas del espíritu del estado liberal del vive y deja vivir. El autor, sin embargo, percibe otro peligro para la paz que el cumplimiento exitoso de todas estas medidas no eliminaría. Una paz en nuestro moderno estado industrial aceleraría el proceso industrial bajo su actual control financiero. Apresuraría el proceso por medio del cual la comunidad está siendo dividida entre los nueve décimos que no tienen propiedad ni el control social que la propiedad otorga, y el décimo que engloba a quienes tienen propiedad y control y a quienes son sus satélites gerenciales, legales, ingenieriles y científicos inmediatos. En la sociedad los intereses materiales de estos dos grupos son tan opuestos que una condición favorable para su discrepancia aguda tendería a precipitar una lucha entre ellos, una lucha cuyo resultado sería el control persistente del proceso industrial en interés del lucro financiero privado. La aparición de esta revolución, o su seria amenaza, complicaría la paz del mundo puesto que no

podría encontrarse un amortiguador más efectivo de la revolución que en el despertar del fervor patriótico por un ataque a otro país; y el peligro de la propagación del espíritu revolucionario de un país a otro bien podría inducir a aquellos países que veían con alarma una revolución en otras partes a acudir en ayuda de las clases propietarias con su poder militar. Así que incluso una paz que haya sido ganada mediante la eliminación del poder dinástico de Alemania llevaría en su propio seno los gérmenes del desorden social y la amenaza de una refriega internacional posterior.

La rigidez de las categorías veblenianas es ocasionalmente aliviada por un reconocimiento aparente de la existencia de otras fuerzas en acción, aunque ellas no tengan ningún lugar lógico en el mundo económico. Es así como el autor reconoce un sentido de "comunidad" independiente de la lealtad dinástica y que ha sido una herencia en Francia, posiblemente desde los tiempos de Roma. Los ingleses adquirieron el sentimiento nacional gracias a su revolución más temprana en la que la dinastía perdió el apoyo de la lealtad de la gente; y, sin embargo, la actitud de estos pueblos, corrientemente llamados democráticos, es descrita por Veblen como un hábito de "insubordinación". Él reconoce que el espíritu de estos pueblos con las apodadas instituciones liberales es el de "vive y deja vivir", aunque la

razón para dicha actitud más social se encuentra solo en la ausencia de un aparato imperial. En una palabra, no existe indicio alguno de fuerzas sociales positivas en las entrañas de los movimientos imperialistas, políticos y económicos que tienden hacia el control democrático. Es cierto, por supuesto, que Veblen no está escribiendo una exposición del orden social sino un recuento de las perspectivas para una paz permanente; y, sin embargo, las razones que ofrece en sus conclusiones no pueden ser adecuadas si dejan de lado las profundas fuerzas sociales que operan a favor o en contra de aquellas que ha descrito. La explicación del autor es la de la autoafirmación hostil de unas naciones contra otras y la de grupos económicos en el interior de estas naciones.

Después de todo, estos conflictos *están* sucediendo en las sociedades. La lucha económica entre la clase poseedora-empleadora y los trabajadores de la nación se encuentra en las peores circunstancias posibles en el interior de una comunidad en la que existen intereses comunes, e intereses comunes aparte de los odios nacionales. Los vívidos movimientos internacionales económicos, artísticos, científicos, socialistas, religiosos y humanitarios que afectaron a todas las clases en todos los países del mundo occidental antes de la guerra son suficiente evidencia de que allí existía una sociedad internacional en cuyo seno ha

sobrevenido esta contienda catastrófica. No se necesita ser hegeliano y mantener que todos los movimientos encierran contradicciones derivadas de una situación social que conducen a una síntesis que las armoniza, para reconocer que la sociedad existe porque tiene un principio de vida dentro de sí y que la presente lucha puede muy bien posibilitar una organización más elevada en su interior, tal como los conflictos de grupos e intereses individuales en el pasado han formado una comunidad más organizada. Veblen aísla las fuerzas de autoafirmación nacional y de clase en el control dinástico y capitalista e insiste en que ellas inevitablemente actúan para la explotación social únicamente. No obstante, en la historia de la sociedad humana la autoafirmación de grupos e individuos ha traído, mediante rivalidades, competencias y, finalmente, cooperaciones, nuevos tipos de individuos. Los ciudadanos legales y políticos del presente son individuos que han evolucionado lentamente con las instituciones que han florecido de las luchas grupales y de una sociedad feudal cuya entera ocupación era la guerra sanguinaria. Durante el periodo de este caos feudal había ciertamente una conciencia internacional que encontró su expresión en la Sagrada Iglesia Católica y en el Sagrado Imperio Romano, pues siempre han existido formas de conducta social que han mantenido unida a la gente, así como combates en los que grupos e

individuos han buscado destruirse y explotarse entre sí. Es cierto que la autoafirmación, en el grupo o en el individuo, ha sido en sus formas tempranas universalmente hostil, pues un orden social en el que uno o su grupo pueden autoafirmarse mientras hacen valer y respetar los derechos de los otros ocurre más tarde y constituye un desarrollo que surge de la actitud hostil anterior. Lo que Veblen llama patriotismo es la actitud de los miembros de un grupo hostil. Un "sentido de solidaridad en el prestigio" es el sentimiento de superioridad grupal que siempre se posee o que se quiere poseer en el combate. Si, por definición, el patriotismo se restringe a la conciencia hostil, todo lo que Veblen dice de él es cierto. Pero si incorpora la actitud de los miembros de la comunidad hacia otras comunidades en sus cooperaciones y arbitrajes, en las satisfacciones de reclamos mutuos, o incluso en sus rivalidades y contiendas, pero reguladas por medios distintos al del combate, un "sentido de solidaridad en el prestigio" no es una definición adecuada. A medida que la actitud de hostilidad se transforma en la de individualidad nacional gracias a la evolución de la organización internacional, el patriotismo, en el sentido de Veblen, será un estadio temprano del desarrollo de un sentido de comunidad que puede funcionar en una sociedad internacional.

El paso de la lealtad feudal a la lealtad hacia un monarca nacional se debió a que en esta

última intervino la conciencia de una sociedad más amplia. No se trató simplemente de la transferencia de una ciega actitud de subordinación de un amo a otro. La formación del Imperio Alemán tampoco fue el resultado de una ciega transferencia de lealtades. Fue el logro de la conciencia nacional alemana lo que posibilitó la lealtad hacia los Hohenzollern. Es este contenido positivo de la conciencia nacional el que ignora la doctrina del patriotismo de Veblen. Se trata de una conciencia que se alcanza con la percepción de los valores superiores que incumben a una vida comunitaria más completa. En todos los ámbitos del esfuerzo social es para la comunidad el sentido de valor lo que está en la base de la estimación final, y entre más completo pueda ser este sentido comunitario más auténticas serán nuestras estimaciones. Reducir esta conciencia social a su expresión negativa en la lucha es perder no solo su significación positiva, sino también el reconocimiento de su paso de la forma negativa a aquella que puede alentar una sociedad de naciones. Es totalmente cierto que un estado dinástico debe erigirse sobre un cimiento militarista y bajo cualquier circunstancia debe ser una continua amenaza de guerra. Pero el estado dinástico puede cavar su propia tumba al hacer avanzar la organización social, como sin duda la burocracia alemana lo estuvo haciendo hasta que se refugió en la actual guerra. La oportunidad del gobierno alemán,

después de la formación del imperio, descansa en el hecho de que su estado militarista era independiente tanto del empleador capitalista como de las masas de obreros. Esta superioridad sobre el grupo industrial y financiero permitió al gobierno alemán inaugurar un programa de legislación social que naciones con instituciones liberales sólo han acometido tardíamente. En los países con instituciones liberales los magnates financieros e industriales han dominado a tal punto a sus gobiernos que esta legislación alemana, aunque emprendida en favor de los intereses del trabajador, ha sido copiada solo lentamente. Dos poderosas influencias en apoyo del gobierno dinástico alemán son entonces el logro de la nación alemana y un continuo programa de legislación social progresista. La exposición de Veblen solo considera el hábito secular de la lealtad hacia amos dinásticos en Alemania. Aunque hábitos tan arraigados sólo cambian lentamente, un gobierno que depende de sus logros sociales recientes para conquistar el apoyo popular bien puede hundirse cuando tales logros fracasan. La fórmula de Veblen es demasiado simple y abstracta.

El libro de Veblen fue escrito antes de la publicación del programa del Partido Laborista inglés y el autor no pudo comentarlo. Se trata de un programa que asume que la riqueza de la colectividad podría ser puesta a disposición del bien común. Los gobiernos de todos los países

beligerantes actúan hoy a partir de ese principio. Es indiscutible que un programa así no podría haber sido formulado por el Partido Laborista inglés en este momento de no ser por la guerra, pero después de todo constituye un resultado del movimiento democrático en nuestras modernas democracias industriales. No se trata de un movimiento que pretenda abolir la propiedad privada. Tiene la intención de avanzar lenta y experimentalmente. Ha dependido del desarrollo de numerosas fuerzas aparte del creciente poder de la mano de obra organizada. La educación, la ciencia de la higiene, la prevención y eliminación de la enfermedad, el mejoramiento de la vivienda y otros proyectos sociales, han contribuido a formar la concepción actual de lo que debería ser el estándar de vida, y ésta es responsable de que se reconozca que la riqueza de la comunidad puede y debe ser gastada por la comunidad en pos de aquellos valores comunitarios que no pueden obtenerse de ninguna otra manera. Ahora este movimiento que le da el contenido al programa del Partido Laborista inglés no recibe el reconocimiento de Veblen, quien sólo observa la tendencia de la riqueza a gravitar en manos de unos pocos, y la tendencia de éstos a gastarla con fines de desperdicio conspicuo o, para usar su otra fórmula, “desperdicio pecuniario y futilidad personal”. Las fórmulas de Veblen son demasiado simples y abstractas para que le

Herbert H. Mead

hagan justicia a los movimientos sociales o a la psicología del individuo.

George H. Mead
Universidad de Chicago

Índice

Presentación	9
Thorstein Veblen	
Sobre el Estado y su relación con la guerra y la paz	17
Sobre la naturaleza y usos del patriotismo	65
Herbert H. Mead	
Reseña de <i>The Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation</i>	133

archivos del Índice

Títulos publicados:

Henri Hubert, Émile Durkheim

Breve estudio de la representación del tiempo en la religión y la magia. El porvenir de la religión

Robert Hertz, Jeremy MacClancy y Robert Parkin

San Besse: etnografía, historia y ritual

Marianne Weber

La mujer y la cultura moderna. Tres ensayos

Juan Duchesne-Winter

'Equilibrio encimita del infierno': Andrés Caicedo y la utopía del trance

Sergio Ramírez Lamus

Espectros de 1948. Osorio Lizarazo, Gaitán y el 9 de abril

Maude Newell Williams

Los más pequeños de éstos –en Colombia

Stefan Czarnowski

La partición de la extensión y su delimitación en la religión y la magia. La cultura religiosa de los campesinos polacos

Juan Duchesne-Winter

Del príncipe moderno al señor barroco: la república de la amistad en Paradiso de José Lezama Lima

Sonia Muñoz

Los devaneos del docto. El caso de la teoría del consumo cultural en América Latina

Alexander García Düttmann

El año académico

Annie M. MacLean

Trabajar, poseer, educar. Incursiones sociológicas

